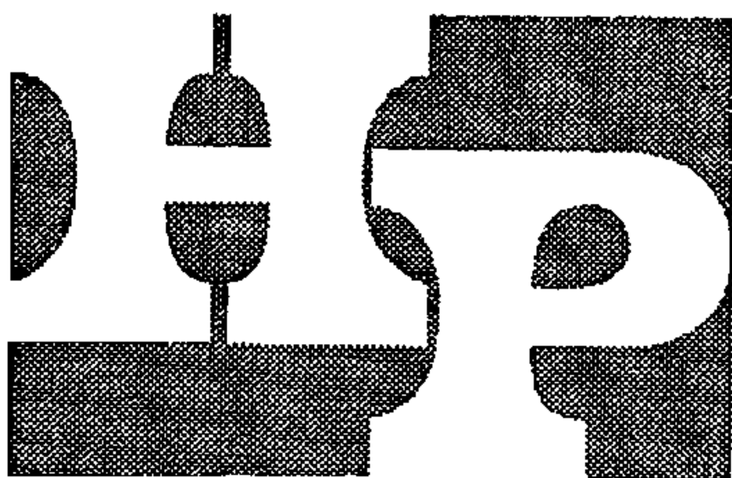


Silver Kane

El sargento





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL SARGENTO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 449
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 22034-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, agosto, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PRIMERA PARTE

TRES MUJERES DE NARICES

CAPÍTULO PRIMERO

EL EXTRAÑO CRIMEN DE JOHNNY HART

Johnny Hart pertenecía a un equipo de boxeadores, una «cuadra», en el sentido de grupo o conjunto bajo la dirección de un *manager*.

Nadie sabía exactamente de dónde venía Johnny Hart. Un día se presentó en San Luis, donde tenía establecido su cuartel general el *manager* Florindo (a pesar del nombrecito pegaba unos sopapos de espanto) Báez, y le pidió trabajo.

Florindo Báez le miró de pies a cabeza.

El tipo tenía buena planta.

Excelente planta la de aquel forastero, sí, señor.

¿Pero sabría cubrirse? ¿Y pegar?

Para comprobarlo, y sin molestarse en avisar, Florindo le envió un gancho de los que descuernan a una vaca.

Medio segundo después Florindo había visto que su gancho se perdía en el aire. Había sentido como si una de las vigas del techo se estrellara en su mandíbula. Había aprendido aviación *amateur* volando por los aires de un lado a otro de la habitación en que estaban.

Y a todo esto el forastero no había parpadeado siquiera.

Tan tranquilo. Como si estuviera en el *saloon* tomándose una pinta de ron.

Florindo Báez hizo una seña, y tres de los boxeadores que se entrenaban en ese momento se lanzaron sobre él. Pero tenían la desgracia de ser pesos ligeros, mientras que Johnny era peso fuerte. Los tres rodaron por tierra después de oírse tres chasquidos que hicieron temblar las paredes. Y uno de los tumbados quedó K. O.

hasta el próximo fin de semana.

Florindo Báez se puso en pie.

Hizo un gesto con las dos manos, sujetándose la mandíbula, como si quisiera colocarla en su sitio. —Muchacho— preguntó—, ¿cómo te llamas? —Johnny Hart.

—¿De dónde vienes?

—De por ahí…

—¿Quién te ha entrenado?

—Hum…

—¿Tienes dinero?

—Hum…

Florindo se dio un golpecito en el mentón.

Se oyó un «cloc».

Y los dos maxilares quedaron otra vez perfectamente encajados en su sitio.

—¿Dónde aprendiste a pegar de esa manera?

—Hum…

Florindo dio un puñetazo al aire.

—¡Magnifico, muchacho! ¡Cuando uno se explica bien y contesta a todo lo que le preguntan, da gusto! ¡Quedas contratado!

Y así fue cómo empezó la carrera pugilística de Johnny Hart.

En el primer combate, que se celebró en la propia ciudad de San Luis, le anunciaron de esta manera:

«PRESENTACIÓN DEL MAGNIFICO PEGADOR MISTER HUM»

El boxeo siempre ha sido una profesión dura y peligrosa. Lo es hoy, y, entonces, aún lo era mucho más.

Los combates se celebraban sin guantes o con unos guantes muy rudimentarios, con lo cual la dureza de los golpes resultaba terrible. Los combates eran casi todos *ad finís*, es decir sin tope de asaltos. Terminaban cuando uno de los dos contendientes abandonaba o caía K. O. Y, en bastantes ocasiones, como no había ninguna clase de reglamentación para las peleas, los organizadores buscaban dar más «sinceridad» al combate decidiendo que toda la bolsa sería para el vencedor, con lo cual, a veces, el pobre hombre que había

recibido una soberana paliza se quedaba, además, sin cenar aquella noche.

Por eso, sólo se dedicaban al boxeo los tipos que eran realmente especiales: descargadores del Mississipi que se habían quedado sin trabajo; rancheros levantiscos que no soñaban más que en las peleas; fugados de presidio; o licenciados de éste a los que nadie quería dar, por sus antecedentes, un empleo honrado.

O tipos como Johnny Hart.

Extraños tipos como Johnny Hart.

¿De dónde había salido?

¿Qué buscaba aquel hombre?

Nadie pudo saberlo, ni siquiera después de ganar por K. O. fulminante su primera pelea de San Luis.

Cuando un periodista del diario local le preguntó qué le había parecido el combate, después de su rápida victoria, Johnny se limitó a contestar:

—Hum… Hum… Hum…

Y es que el combate había durado tres asaltos.

Florindo Báez era un *manager* honrado. Allí todo el mundo cobraba puntualmente, ganara o perdiese. Tenía establecido una especie de seguro por si alguno de sus pupilos se lesionaba. Y hasta llevaba consigo en los viajes, para cuidarlos de manera permanente, un médico, pero ese médico estaba a veces tan borracho que, si habías recibido un puñetazo en un ojo, se ponía a curarte un callo.

Con Florindo Báez y su equipo de boxeadores, Johnny Hart viajó bastante.

Desde San Luis bajaron por el río hasta la viciosa Nueva Orleáns, donde estuvieron dos meses. Había allí cada mulatita de espanto, pero Florindo no dejaba que sus boxeadores se acercasen a ellas, porque de lo contrario les tumbaba hasta el árbitro. Desde Nueva Orleáns atravesaron parte del golfo de México y estuvieron en Tampa, Florida. Luego, fueron a Houston en barco, y desde Houston se adentraron en Texas. Allí fue donde Johnny conoció los villorrios de vaqueros levantiscos y violentos, quienes gritaban que cada combate era tongo, aunque las muelas de los dos boxeadores colgaran de las lámparas. Y que además, para celebrar luego la velada y terminarla dignamente, organizaban entre ellos combates multitudinarios, en los que treinta o treinta y cinco vaqueros solían

quedar K. O. uno detrás de otro.

Eran los años que habían seguido a la guerra civil.

El boxeo profesional apenas existía. Los hombres de Florindo Báez eran ejemplares casi únicos. Todas las ciudades estaban infestadas de pistoleros, y en algunas zonas del interior, los indios se hallaban en pie de guerra. Los asaltos eran continuos. Pero cierta vez en que cinco pistoleros quisieron asaltar la diligencia en la que iban los cinco boxeadores de Florindo Báez, hubo cinco fueras de combate instantáneos. Y a partir de entonces los pistoleros no volvieron a molestarles más.

Por lo menos en Texas.

Cuando entraron en Nuevo México, la cosa pareció cambiar. El paisaje era más hostil, más agreste, más violento. Las gentes también. Todo el mundo vivía con la amenaza de la rebelión india, y cada pueblo parecía una trinchera. Pero el oro corría a raudales, porque la gente pensaba que cada nuevo amanecer podía ser el último de su vida, y estaba ansiosa de disfrutar y de echarlo todo por la ventana.

Johnny seguía tan silencioso como siempre.

Por eso, apenas nadie sabía nada de él.

Ni Florindo Báez, su *manager*.

Por eso, Florindo trató de interrogarle aquella noche, después de la celebración de su último combate, que como los anteriores había ganado por K.
O. Los
dos estaban en un rincón tranquilo del *saloon* más lujoso de la ciudad de Santa Fe. A su alrededor sonaba la música, y en el escenario se movían unas bailarinas con sus hermosas piernas ceñidas por medias negras. Pero Johnny no las miraba. Tenía los ojos perdidos en el aire.

Como siempre.

—¿Qué te pasa, Johnny?

—Nada.

—Menos mal que esta vez no me has contestado con un «Hum»… Eres el boxeador menos hablador que he conocido.

—No me hagas caso.

—Has tenido suerte hasta ahora, ¿eh?

—¿En qué sentido?

—No se te nota ni un golpe en la cara. Sabes cubrirte bien. Y como todos los combates los terminas al segundo o tercer asalto, no has sufrido nada absolutamente. Estás por estrenar.

—Mejor.

—Johnny, a ti no te entiendo. Da la sensación de que boxeas como podías haber hecho cualquier otra cosa: por ejemplo, emplearte de guía para los escuadrones que luchan contra los indios. Lo que quieres es huir.

—Tal vez.

—Y olvidarte de algo que te pasó.

—Tal vez.

—¿Qué fue lo que te pasó, Johnny?

—Eso no le importa a nadie. Pero te diré una cosa, Báez: Una de las cosas que me interesa es viajar, viajar continuamente. Busco a alguien.

—¿A quién?

—Es cosa mía.

Florindo Báez bebió la cerveza que tenía en la jarra, hasta apurarla completamente.

—Sí, muchacho, es cosa tuya. Pero ahora estarás casi diez días sin pelear: debes entrenarte. En Santa Fe hay una cosa que no es normal en el Sudoeste: un gimnasio. Está justamente encima de este *saloon*, en el primer piso. Irás a entrenarte mañana, a partir de las diez.

Johnny asintió.

Daba la sensación de que lo mismo le importaba aquello que otra cosa.

Dijo:

—A tu salud.

Y salió del local. Salió llevando su enigma, con su misterio a cuestas.

Pero no llegó a la calle. Cuando estaba en el porche, vio a aquella mujer que descendía de un hermoso caballo blanco.

Johnny entendía de caballos. Le gustaban. Y por eso miró al corcel antes que a la chica.

Ella no debía estar acostumbrada a eso.

Por el contrario, debía estar habituada a que los hombres lanzaran aullidos de admiración a su paso.

Y encontrarse con alguien que miraba el corcel antes que a ella, le molestó.

Dijo mientras descabalgaba:

—Eh, usted.

Johnny la miró ahora.

Valía la pena de verdad. Sí que la valía. Sus pantalones tejanos se le ceñían a las curvas de una manera prodigiosa. Su blusita blanca parecía ir a estallar. Tenía unos cabellos rubios que le caían sobre los hombros; unos cabellos largos, sedosos y suaves.

Pero sus ojos llameaban.

No eran precisamente los ojos de una mujer que está esperando ser besada.

—Eh, usted —repitió.

—Diga, señorita.

—Me han dicho que a usted le llaman algo así como Míster Hum.

—Mi nombre es Johnny Hart.

—Y que se dedica a ese repugnante oficio de pegar a otros hombres por dinero.

—Bueno… Los otros hombres también pueden pegarme a mí —dijo Johnny, sonriendo—. No me dejan pelear con mancos.

—De todos modos, su oficio es repulsivo.

—No le he pedido su opinión, señorita…

—Nora. Mi nombre es Nora. Soy la dueña del rancho Donovan.

—Estupendo. Mucho gusto, señorita Nora Donovan. Y por muchos ranchos.

Llevó la derecha al ala de su sombrero, saludó y se fue.

Pero no llegó lejos.

Ella gritó agresivamente:

—¡Oiga, señor Hart!

—¿Qué pasa?

—¡Aún no he terminado! ¡He de hablarle!

—Ah, cuerno… Perdone. Creí que después de decirme que soy un tío repugnante ya me lo había dicho todo.

—Usted ha peleado hace pocas horas.

—Sí.

—Y ha dejado sin sentido a un hombre de mi rancho. Un hombre al que yo quería, como quiero a todos mis empleados. Ha

sido una salvajada.

Johnny Hart se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Por qué le dejó combatir?

—Yo no lo sabía. Ésta era su noche libre. Por lo visto se inscribió para boxear y…

—¿Quiere que le diga una cosa, hermana? Sólo he visto a su empleado durante tres *rounds*. Poco para conocerle. Pero, por su aspecto, supongo que era un gallito de esos que han zurrado a todos sus compañeros y luego apuestan a que tumban también a un profesional. No merece tanta compasión, muñeca. Ni el K. O. ha sido tampoco para morirse. Seguro que ahora está tomándose una cerveza en cualquier bar… en compañía de una chica que no estará tan bien como usted, claro.

Y se alejó definitivamente.

Aún oyó los gritos de la muchacha que barbotaba:

—¡No vuelva a tocar a ningún hombre de mi rancho! ¡Haré que le echen de la ciudad! ¡Haré que le echen, condenado cerdo! ¡No vuelva a tocar a ningún hombre de mi rancho!

Johnny dijo de soslayo, sin volverse:

—Yo a los hombres no los toco, nena. Si acaso, a las chicas como tú.

Y se largó a su hotel para dormir.

Aquella noche, cosa que no le sucedía en mucho tiempo, durmió como un bendito.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, estaba en el gimnasio que le había indicado Florindo Báez.

Era una sala amplia y luminosa, encima mismo del *saloon*. Había allí unas cuantas poleas, un par de potros para saltar y, sobre todo, muchas pesas para ser levantadas. En el gimnasio no había entonces más que una sola persona: un desconocido que le saludó con un gruñido y que no parecía muy dueño de sí mismo, a juzgar por sus movimientos imprecisos. Quizá estaba bebido, aunque no se comprendía, entonces, qué demonios hacía en un gimnasio.

Allí había una de las llamadas «poleas para crecer». Ahora han pasado bastante de moda, pero en algunos gimnasios todavía existen. Consisten fundamentalmente, como muchos de los lectores sin duda saben, en una especie de horca, cuyo lazo consiste en un sujetador de cuero para la mandíbula y cuello, aunque sin oprimir

la garganta, claro está. Uno se coloca el aparato con los pies en el suelo y pide a un compañero que tense la cuerda hasta levantarlo, justamente como si fuera un ahorcado. De ese modo todo el peso del cuerpo pende de las vértebras del cuello, que se alargan. Es el único punto del cuerpo en el que se puede «crecer» artificialmente. Y algunas personas ganan uno o dos centímetros…, con la ventaja de que los trajes les siguen cayendo bien.

Ése era el aparato que iba a usar el desconocido.

Cuando ya tenía los sujetadores bien enganchados, pidió a Johnny con voz gangosa:

—¿Quieres ayudarme?

—Claro, con mucho gusto. ¿Qué he de hacer?

—Tensar estas cuerdas.

—Muy bien. Ya me avisarás cuando quieras bajar.

—Sí, sí, claro…

Johnny Hart tensó las cuerdas.

Y casi en el momento de hacerlo se dio cuenta de que algo iba mal. Oyó un grito de dolor. Y un crujido.

Giró la cabeza.

Y lanzó una maldición.

El sujetador estaba muy mal puesto. ¡Terriblemente mal puesto! O quizá se hallaba deformado, lo que era peor. El caso era que aquel tipo corría peligro de romperse las vértebras.

Peor aún: se las había roto ya.

Johnny se dio cuenta de que era demasiado tarde cuando destensaba las cuerdas bruscamente. El desconocido cayó al suelo como un fardo. Su boca estaba espantosamente abierta. Su cabeza caía a un lado de una forma extraña, casi grotesca.

Johnny no podía creerlo.

Estaba muerto.

Pero mayor fue su asombro aun cuando la puerta se abrió y oyó aquella voz.

—¡Dios santo, me lo temía! ¡Lo ha asesinado! ¡Hemos llegado demasiado tarde!…

CAPÍTULO II

IMPOSIBLE, PERO CIERTO

Johnny Hart miró al hombre que acababa de hablar. Era el *sheriff*, e iba acompañado de un tipo alto, delgado y vestido de negro. El *sheriff* parecía aterrado. El tipo vestido de negro —un perfecto desconocido para Johnny— señaló el cadáver.

—¡Se lo advertí! —gritó—. ¡Teníamos que habernos dado más prisa en llegar! ¡Ese buitre quería matarle!

Johnny sintió que por un momento la cabeza le daba vueltas. No estaba acostumbrado a situaciones como aquélla. Y además no entendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo.

El *sheriff* se acercó a él.

Empuñaba el revólver.

—Dese preso, Johnny Hart.

—¡Y un cuerno! ¿Qué está pensando?

—Usted ha matado a ese hombre.

—¡Qué idiotez! ¡Ha sido un accidente!

—Lo ha matado fingiendo que se trataba de un accidente. Como verá, la cosa es muy distinta.

—Lo que dice es absurdo… Jamás había visto a ese tipo.

—Eso ya lo comprobaremos.

Y clavó el cañón del revólver en el tronco desnudo de Johnny Hart.

—Vístase. Voy a llevarle a la cárcel.

Johnny vaciló entre obedecer o no. Tenía posibilidades de escapar si movía los puños con fuerza y enviaba al *sheriff* a la región de los sueños. Podía cazarle apenas el otro se descuidará. Pero con

eso no conseguiría más que declararse culpable automáticamente, porque le perseguirían como a un perro rabioso.

Era mejor dejarse llevar. El «crimen» era tan absurdo que la acusación se desvanecería por sí sola.

¿Cómo podían acusarle de haber premeditado un asesinato contra un tipo al que no había visto nunca?

Empezó a ponerse la camisa poco a poco, mientras clavaba sus ojos en el tipo vestido de negro. No recordaba haberlo visto jamás. Pero, sin duda, era él quien le acusaba y quien había hecho llegar allí al *sheriff* en el momento oportuno. Todo aquello estaba premeditado.

¿Por qué?

Aunque Johnny no lo entendía, decidió no preocuparse demasiado por la cuestión.

Era de sentido común. No podían acusarle.

Ningún jurado decidiría que aquello había sido algo más que un accidente casual.

Ni siquiera llegaría a reunirse el «gran»[1] jurado. Lo dejarían antes libre.

De modo que cuando estuvo vestido dijo:

—A su disposición.

Llevaba un revólver, pero, claro está, no dejaron que se lo pusiese. Lo sacaron de allí sin tomar demasiadas precauciones. Al llegar a la calle, Johnny tuvo una nueva oportunidad de huir, pero no la utilizó.

Había muy poca gente por la zona, al menos a aquella hora de la mañana. Por eso, apenas nadie se enteró de que aquel boxeador que se iba haciendo famoso, acababa de ser detenido.

Una vez en la oficina, el *sheriff* le hizo pasar a una celda y cerró bien con llave. Entonces suspiró satisfecho, como el que acaba de realizar un trabajo difícil.

—Puede pedir un abogado —dijo—. En Santa Fe hay tres o cuatro. Si no tiene dinero para pagarle, el municipio se encargará de todo.

—Yo no necesito un abogado —dijo Johnny—. Todo esto es absurdo, tan absurdo que hasta ahora no he querido ni tomármelo en serio. Lo único que necesito es que me digan de qué cuernos me acusan.

—Ya se lo he dicho: de haber matado a aquel hombre. Era un pobre tipo llamado Lionel.

—¡Pero si yo no lo conocía!

—¿No lo conocía?

La pregunta, hecha con cierto retintín, desconcertó por un momento a Johnny.

—Oiga —dijo—, ¿qué pretende?

—Usted es Johnny Hart, ¿no?

—Exacto. ¿Pero eso qué tiene que ver?

El *sheriff* retrucó con otra pregunta:

—¿Usted se fiaría del juez Biggers?

—¿El juez Biggers? Lo he oído nombrar.

—Como casi todo el mundo.

—Tiene fama de ser el hombre más recto y sincero de todo el Oeste —dijo Johnny, tras unos instantes de reflexión—. Claro que me fío de él. Lo que él diga será verdad.

—Pues espere un momento.

Se volvió hacia su ayudante y murmuró:

—Tú, ve a buscar al juez Biggers. Dile que lamento no poder ir yo porque tengo que vigilar a un preso.

—Bien.

El ayudante salió, regresando poco después con un vejete de aspecto bondadoso, que llevaba siempre su libro de leyes bajo el brazo. Malas lenguas decían que el libro estaba hueco y que dentro llevaba una botella de *whisky*. Podía ser cierto, pero pese a ello, el juez Biggers no perdía su fama de hombre ecuánime y amigo de la verdad.

Miró parpadeando a Johnny.

—¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó.

El juez lo señaló.

—Se llama Johnny Hart.

—Ah, diablos… El heredero.

Johnny, que estaba sentado en la litera, dio un brinco y por poco salta hasta las rejas.

—¿Qué heredero? —mascculló.

—¿No lo sabe?

—¡No!

—Le han dejado mil quinientos dólares.

—¿Dice que me han dejado mil quinientos dólares? ¿A mí? ¿Y quién, si puede saberse?

—Un hombre llamado Lionel.

Johnny sintió que la boca se le quedaba seca.

Esta vez no tuvo fuerzas ni para moverse.

¡Lionel era el tipo ahorcado en el gimnasio! ¡Al menos así le había dicho el *sheriff* que se llamaba!

Y, en efecto, el *sheriff* le miraba ahora con expresión socarrona desde el otro lado de las rejas.

—¿Se da cuenta, amigo? —preguntó—. Mil quinientos dólares. Hay gente que mata por menos.

—Pero… ¡Pero si yo no conocía a aquel tipo!

—Eso se lo explicará al jurado. En lo que a mí concierne, no creo una palabra.

Johnny apretó las rejas entre sus poderosos dedos, zarandeándolas como si quisiera romperlas. Pero nada consiguió. Lo único que logró fue que le dolieran los huesos.

—¡No tiene sentido! —masculló—. ¿Cuándo demonios dictó Lionel ese testamento absurdo?

—No hace ni una hora —dijo el juez Biggers, mientras sacudía su libro como si quisiera comprobar la cantidad de *whisky* que había dentro de él.

—¿Usted hace de notario en esta ciudad?

—Sí.

—¡Pues no sea idiota! ¡El que se presentó con ese nombre era otra persona! ¡Lo único que quería era comprometerme!

—No —dijo Biggers—. Yo conocía bien a Lionel. Además, mire.

Y señaló hacia la puerta.

En aquel momento dos hombres transportaban en una camilla el cuerpo del ahorcado. Iban a trasladarlo a una habitación de la parte trasera de la oficina donde había una especie de sala de autopsias.

—Éste es el hombre que dictó testamento —murmuró el juez—. Lo recuerdo perfectamente, puesto que no hace ni una hora. Dijo que usted era su mejor amigo.

—Pero… ¡pero eso es ridículo! ¡Es absurdo!

—Me limito a decir lo que sé —susurró Biggers—. Lo demás no es asunto mío…, de momento.

Y salió.

Johnny Hart estaba petrificado.

No entendía nada de todo aquello.

Comprendía, sólo confusamente, que alguien había querido comprometerle, que alguien lo había maquinado todo para envolverle en un crimen y hacer que le condenaran a muerte. Pero ¿quién? ¿Por qué? ¿Qué enemigos tenía él en Nuevo México?

Se dio cuenta entonces de que el muerto iba a desaparecer también por una puerta trasera, como había desaparecido el juez.

Johnny pidió:

—Por favor…

—¿Qué pasa? —preguntó el *sheriff*.

—Déjeme ver el cadáver de cerca un momento —pidió el preso—. Déjeme tocarlo.

—¿Para qué? ¿No lo has visto ya bastante? ¿No lo tocaste al ahorcarlo? ¿Qué broma es ésta?

—Se lo ruego, *sheriff*. Es sólo un momento.

—Adelante. Pero que conste que eso no te va a servir para nada.

Los dos camilleros acercaron al muerto hasta el borde mismo de la reja. Johnny sacó la derecha por entre los barrotes e hizo algo que parecía muy extraño.

Rozó suavemente con los dedos las fosas nasales del cadáver.

Luego se llevó los dedos a la nariz, aspirando.

Una brusca palidez cubrió sus facciones. Bajó la mano poco a poco, con un gesto de impotencia.

Bruscamente parecía haber comprendido.

—¿Qué? —preguntó el *sheriff*—. ¿Con esto ya sabes lo que tienes que decir para que no te lleven a la horca?

—No, no sé lo que tengo que decir —susurró pensativamente Johnny—. Pero, en cambio, acabo de averiguar quién me ha metido en esto.

—¿Quién?

—Es asunto mío.

—Al menos dime lo que has averiguado —preguntó el *sheriff*, con curiosidad—. Lo que digas no lo usaré en contra tuya.

—Me había extrañado la actitud de ese hombre —fue lo único que dijo Johnny, mientras señalaba el cadáver—. Cuando le vi me dio la sensación de que estaba borracho. Pero no. Se trataba de algo peor. Estaba drogado.

—¿Drogado con qué?

—En sus fosas nasales todavía hay polvos de cocaína. La estuvo sorbiendo hasta empapurrarse.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Puede que tú lo entiendas, pero yo no —dijo—. En todo caso, ya lo explicarás ante el jurado. Les dirás cómo te las arreglaste para heredar a las nueve y matar a las diez… Eh, vosotros… ¡Llevaos al muerto!

Los dos camilleros siguieron adelante con el cadáver. Momentos más tarde, se había perdido de vista.

Johnny Hart se dejó caer de nuevo en el camastro.

No se dio cuenta de que había quedado solo.

Le fallaban las fuerzas.

Porque ahora lo comprendía todo. ¡Todo! Porque sabía que estaba en un círculo de muerte.

CAPÍTULO III

LOS MÚSCULOS SIRVEN PARA ALGO

Hasta la noche siguiente, Johnny no hizo ningún movimiento especial, no hizo ninguna pregunta. Tampoco comió apenas. Oía a través de la reja de la única ventana, los rumores de la ciudad que iba desarrollando su trajín del día. Oía los gritos de los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías. Los insultos de las mujeres que armaban camorra en un *saloon* vecino. El rasguear de alguna guitarra y alguna canción mexicana.

No recibió visitas, pero comprendió que eso no era debido a que Florindo Báez y sus compañeros se hubieran olvidado de él. Simplemente, el *sheriff* debía tenerlo incomunicado. Eso era normal en los que estaban acusados de asesinato.

Y Johnny se dio cuenta de que la situación no tenía escapatoria.

Cualquier jurado, aun el más benévolo del mundo, le condenaría a muerte. Las pruebas eran contundentes.

La única salvación posible consistía en huir. Y enseguida.

Pero ¿cómo?

Durante todo aquel día, Johnny Hart estuvo estudiando su celda.

Se dio cuenta de que por la parte de la oficina no podía conseguir nada. Había siempre un hombre montando guardia en el interior, además de otro en la puerta. Quedaba la ventana, pero la reja de ésta era de una solidez a toda prueba. La tanteó tres reces, la última con todas sus fuerzas, y las tres reces hubo de desistir.

No quedaba más que una oportunidad.

Hacia las cinco de la tarde le habían conducido —con el cañón de un rifle a la espalda— a un pequeño cuarto donde estaban los

servicios higiénicos de la cárcel. Le dijeron que a las doce de la noche le volverían a conducir. Y a las doce no lo hicieron, pero sí a las dos de la madrugada.

El guardián que le acompañaba era esta vez un tipo silencioso, gordo, casi calvo, con musculatura de gorila. Se puso a su espalda, con el rifle preparado, mientras Johnny se refrescaba la cara con el agua de un barreño.

—Hace calor esta noche —murmuró Johnny.

—Pues yo no la noto.

—Es que en mi celda figura muy poco el aire.

—De todos modos, ya está bien. Hala, ya te has lavado la cara bastante. ¡Fuera!

Johnny murmuró:

—Bueno, hombre, bueno…

E hizo el gesto abatido del que se resigna a su suerte.

Pero aquello duró sólo unos segundos. Estaba inclinado sobre el barreño, con el tipo tras él. Podía, por tanto, lanzar una coz que le dejara sin sentido. Sólo necesitaba puntería y muerte.

Tuvo las dos cosas.

Johnny Hart no pudo apuntar demasiado bien a lanzar su pierna derecha hacia atrás, pero el tacón encontró en el camino la parte baja del vientre de su enemigo. Éste lanzó un alarido, estremeciéndose de dolor, y no se acordó durante unos instantes de que tenía un rifle en las manos. Sólo se acordó de que Johnny tenía —o había tenido— una madre.

Pero luego hasta de eso se olvidó.

Johnny se había vuelto repentinamente, levantando el barreño con ambas manos. Lo estrelló contra la cabeza de un guardián que aún no había salido de su asombro y que pensaba, por lo menos, que no iba a tener hijos nunca más.

La caída fue fulminante.

Después del impacto, el guardián quedó quieto en el suelo, con los brazos abiertos, como si lo hubieran crucificado.

No estaba muerto, pero tampoco iba a dar preocupaciones a Johnny. No se movería, al menos, en una hora.

Claro que quedaba el guardián de la puerta principal.

Éste había oído el alarido y venía a ver qué pasaba. Se oyeron sus pasos aproximarse rápidos.

Johnny preparó el puño derecho.

Tenía que conseguir un K. O. fulminante o estaba todo perdido. Si el otro disparaba, aunque sólo fuera una vez, se extendería la alarma por la ciudad entera y todo se iría al diablo.

Vio el rostro del guardián.

¡Zas!

No lo pensó ni una décima de segundo. El impacto fue fulminante, atroz. Pareció cambiar de sitio la mandíbula de su contrario.

Cuando éste cayó a tierra, Johnny Hart comprendió que tendría el camino libre durante unos instantes. Había de aprovechar la oportunidad. Pero no salió por la puerta principal, donde alguien podía verle, sino por la puerta trasera, atravesando la sala que hacía de improviso depósito de cadáveres.

Afortunadamente el de Lionel ya no estaba allí. Se lo habían llevado a media tarde. La sala estaba vacía, iluminada tétricamente por una lámpara de petróleo. Al otro lado había una puerta.

Aunque estaba cerrada, Johnny la descerrajó sin dificultades y salió al campo abierto. Había tenido suerte. Sus músculos le habían servido cuando él los necesitó.

Ahora sólo le hacía falta un caballo, y lo encontró sin dificultad en la primera esquina. Allí estaba instalada una timba. A través de la ventana, y bajo la luz concentrada de una lámpara, se veían las cabezas de cuatro hombres embebidos en el juego. Y cuatro caballos estaban amarrados en una zona de sombra como si esperaran que alguien viniese a por ellos.

Ni siquiera relincharon cuando Johnny se apodero de uno. Johnny sabía tratar a los animales. Montó sobre la silla y salió al paso, para no hacer ruido, hasta que estuvo en las afueras de la población. Sólo entonces se lanzó al galope.

Estaba dispuesto a ir lejos. Estaba dispuesto, si hacía falta, a atravesar la frontera de México.

Pero sabía que no iba a verse libre de su perseguidor, del hombre que le odiaba hasta la muerte. Porque éste estaba como metido en su propia alma.

CAPÍTULO IV

CINCO MIL MACHACANTES

Fue el tabernero quien se lo dijo:

—¿Ya sabe que hacía años que aquí no se ofrecía tanto por la cabeza de un hombre?

Johnny Hart miró en silencio el dorado chorrito de *whisky* al caer sobre su vaso. Miró luego más allá, hacia la cantina miserable donde se había refugiado a beber después de dos días de infatigable huida. Y miró a través de las ventanas el polvo dorado aquel polvo de Nuevo México que lo llenaba todo hasta los pensamientos.

—¿Qué hombre? —musitó.

—Un tipo llamado Johnny Hart.

Johnny se estremeció.

Pero procuró mantenerse tranquilo y miró hacia otra puerta para que no se viera la lucecita de alarma que había aparecido en sus ojos.

—¿Quién es ese Johnny Hart? —murmuró.

—No lo sé bien —dijo el cantinero—. Aseguran que un boxeador que asesinó a un hombre en Santa Fe.

—¿No hay pasquines?

—Se asegura que van a llegar en la primera diligencia, pero mientras tanto ya hemos recibido la noticia por telégrafo. Hay una persona que da cinco mil machacantes por la cabeza de ese hombre.

—Diablos… ¿Y quién es?

—Una mujer. Una mujer llamada Nora Donovan. Tiene en Santa Fe uno de los mejores ranchos de la comarca.

Johnny necesitó beberse todo el *whisky* de un trago y pidió que

le sirvieran otro más.

—¿Y por qué ese interés? —preguntó—. ¿Qué le importa a ella el que ese tal Johnny Hart haya matado a un hombre?

—Es que, por lo visto, se trataba de un hombre de su rancho.

Johnny hizo crujir los nudillos.

También era casualidad. Dejaba K. O., a un hombre y resultaba que pertenecía a la plantilla de rancho Donovan. Mataba a otro y pertenecía al mismo rancho igualmente.

El cantinero preguntó:

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué?

—Yo diría que se ha puesto pálido.

—Es que el *whisky* que usted sirve deja pálido a un gorila, amigo.

—Tiene razón. Un amigo mío lo aprovecha como disolvente para perforar planchas de hierro. ¿Qué? ¿Le apetece un poquito más?

—Sírvalo. De algo tiene que morirse uno, ¿no?

—Es lo que dice mi mujer. Que, si alguna vez me miro a otra, me hace beber media botella precisamente de esta marca. Y créame, desde que me dijo eso, no me he atrevido a mirar a las mujeres ni en fotografía.

Y el tabernero se alejó, después de haber llenado de nuevo el vaso de Johnny.

Éste bisbiseó:

—Oiga…

—¿Qué hay?

—Me gustaría saber qué camino debo seguir para llegar hasta Vallecillo.

El tabernero palideció.

—Pero ¿va a ir hasta allí?

—¿Por qué no?

—¿Está loco, amigo? —insistió el de la cantina.

—No veo la razón.

—Tal vez no sepa que en toda aquella zona se han levantado los apaches. Aquello ha sido una espantosa mortandad. Es un verdadero infierno.

Johnny parpadeó.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Qué es lo que no entiende? La cosa está muy clara. Los apaches se han puesto en pie de guerra.

—No tiene sentido —dijo Johnny—. Estaban pacificados. No se había hablado ni siquiera del peligro de un levantamiento.

—Pues alguien los habrá removido, pero es verdad.

—Vallecillo está a unas cincuenta millas. ¿No tienen miedo de que los sublevados lleguen hasta aquí? Hasta ahora no he visto que nadie se preocupe gran cosa.

El cantinero echó un trago de su propio *whisky* y empezó a palidecer él también. Empezó a palidecer a marchas forzadas.

—No hay razón para que nos asustemos —dijo luego, pasándose el dorso de la mano por la boca—. Un par de batallones que están muy bien fortificados en las cercanías, nos protegen. Los indios no se acercarán por aquí. Pero ni el mismo diablo se arriesgaría a ir a su terreno.

—¿No irá el ejército a pacificar esa zona? —preguntó Johnny.

—Me han hablado de dos escuadrones de Caballería que viajan en ferrocarril hacia la frontera, aprovechando un tendido que aún está por terminar —contestó el otro—. Con dos escuadrones, la rebelión estará pronto sofocada. Pero de momento no vaya allí, amigo. Puestos a suicidarse, más vale hacerlo con esto.

Y le dejó la botella de *whisky* sobre la mesa antes de alejarse a servir a otros clientes que ya le llamaban desde la barra.

Johnny Hart se sirvió un nuevo trago y empezó a sentir síntomas de perforación de estómago.

Entonces se olvidó de la botella. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Se daba cuenta de que allí pronto le atraparían. Al día siguiente llegarían los pasquines. Por cinco mil dólares estaría dispuesto a atraparle hasta el primer difunto que enterraron en la ciudad.

Todas las poblaciones limítrofes estarían también llenas de pasquines. Todas menos Vallecillo y la comarca en que imperaban los apaches. Ése era el único sitio al que podía ir. Si lograba esconderse hasta que pasara lo peor, ya encontraría luego un sistema para atravesar la frontera de México.

Pensado y hecho.

No podía entretenerse en vacilaciones y dudas.

Montó en el caballo que le había traído hasta allí y se dirigió sin

prisas hacia el Sur. Apenas había dejado la ciudad cuando distinguió sobre unas colinas las banderas de los dos batallones que estaban dispuestos para la defensa. Nadie, sin embargo, intentó detenerle.

Los centinelas debieron pensar: «Allá él».

Y de ese modo se internó Johnny en el nuevo territorio apache. En lo que era, de momento, el territorio del infierno.

Estuvo viajando toda la noche, sin prisas para no cansar a su caballo, y al día siguiente llegó a Vallecillo.

Mejor dicho, no llegó a entrar en la ciudad.

Él había estado en otro tiempo allí, cuando Vallecillo era una ciudad próspera —dentro de la pobreza de las zonas del sur de Nuevo México— y cuando por sus calles se notaba una gran animación en especial de mujeres bonitas. Pero ahora las mujeres bonitas no se veían por ninguna parte. Tampoco los hombres. Los únicos representantes de la población de la ciudad eran aquellos dos cuerpos que se veían cosidos a machetazos a la entrada de la calle principal.

Eran un hombre y una mujer. La mujer estaba semidesnuda. Sus ropas empapadas en sangre yacían esparcidas en un radio de unos diez metros a la redonda.

Ambos habían sido completamente despellejados con arma blanca. Su agonía debió ser horrible. Johnny Hart entrecerró los ojos pensando en lo que había visto otras veces, durante sus correrías por el Oeste. Los indios solían ser gente muy tratable hasta que algo o alguien los ponía en pie de guerra. Entonces se despertaba en ellos un misterioso instinto de la especie que les obligaba a destrozarlo todo, a aniquilarlo todo. Ni los heridos, ni las mujeres, ni los niños eran respetados.

Claro que los hombres blancos, por lo general, eran los que habían empezado las matanzas.

Pero Johnny no estaba allí para pensar en eso. Lo único que quería era ocultarse por unos días en la ciudad. Había supuesto que Vallecillo estaría amenazada por el avance indio, pero no que estuviese abandonada, casi destruida, como ahora veían sus ojos.

Un par de casas estaban incendiadas, y de ellas aún se elevaban delgadas columnas de humo negro.

No se veía a nadie por las calles.

La campana de la única iglesia estaba muda, como si nadie la hubiera tocado jamás.

A la luz del amanecer, el espectáculo que se ofrecía a los ojos de Johnny era uno de los más amargos que había contemplado en todos los días de su vida.

—¡Eh! —gritó desde la silla de su caballo—. ¿Es que no hay nadie aquí?

¿Todo el mundo se ha ido? ¡Soy un amigo! ¡Salid, infiernos!

Nadie le contestó.

Sólo el viento fresco de la mañana hizo mover por el suelo unas hojas de periódico, unos pedazos de vestido de mujer, los restos de una bandera, que había sido de Estados Unidos.

Johnny avanzó poco a poco, oyendo como una obsesión el ruido de los cascos de su propio caballo. Llegó ante la barbería, descabalgó y entró.

Allí era posible que hubiera alguien.

Y lo había. El dueño estaba allí. Sentado en uno de los sillones y convertido en un espectro. Le habían degollado con una de sus propias navajas barberas.

Johnny miró atónito el espectáculo a través de los cristales. Unas letras doradas decían allí:

AFEITADO PERFECTO SERVICIO RAPIDO

¡Y tan rápido!

Johnny tragó saliva penosamente y fue a volverse, no deseando ver más aquello.

Pero no pudo.

Porque en aquel momento una bala reventó el cristal a muy pocos centímetros por encima de su cabeza.

CAPÍTULO V

EL ANIQUILADOR

El disparo le había rozado la cabeza, pero no había sido hecho a matar. Johnny Hart, muy acostumbrado a aquellas situaciones, lo supo desde el primer momento. Terminó de volverse con las manos ligeramente en alto, sin tocar el revólver, para demostrar que sus intenciones no eran agresivas.

Vio a poca distancia al que acababa de disparar.

Y se tranquilizó enseguida, porque no era un piel roja ni un forajido; era un sargento de Caballería.

Pero se trataba de un tipo muy curioso.

No llevaba sombrero y en su cabeza o cara no había ni un solo cabello. Tenía la corpulencia de un gorila, y en sus manos el pesado rifle parecía una caña. Llevaba el uniforme cubierto de polvo, y en su cinto brillaban un revólver y un cuchillo.

Masculló:

—¡Alto!

Johnny sonrió.

—Ya estoy quieto. ¿Qué quiere? ¿Que me ate yo mismo a un poste?

—¿Cómo te llamas?

El joven decidió decir la verdad, pensando que aquel tipo no habría oído jamás su nombre.

—Me llamo Johnny Hart.

—¿De dónde vienes?

—De por ahí.

—Es una explicación muy vaga. ¿Qué has visto en tu camino?

—Nada.
—¿Ninguna patrulla apache?
—No.
—¿Y adonde te dirigías?
—Voy a México. Soy comerciante. Pero pensaba estar un par de días descansando en Vallecillo.
—Descansando, ¿eh?
Y el sargento disparó.
Johnny creyó que iba a por él. Era un asesinato, pero ya no le quedaba tiempo de protestar. Se encogió instintivamente, creyendo sentir ya la mordedura de la bala.
Sin embargo, nada ocurrió. O al menos nada le ocurrió a él.
Oyó un alarido encima de su cabeza, en el tejado de la casa que correspondía a la barbería.
Primero cayó un rifle.
Y después un apache vestido casi a la europea, y que se había llevado instintivamente las manos a su frente atravesada.
El sargento masculló:
—Ya hacía tiempo que ese tipo estaba ahí observando y procurando apuntarme… Bueno, sigue.
Johnny parpadeó:
¿Ante qué clase de fulano estaba?
—Estaba diciendo que quería descansar un par de días en Vallecillo —farfulló.
—¿Qué vas a hacer en México?
—También le he dicho que soy comerciante.
—Ah, sí… Tengo mala memoria, ¿sabes?
—Lo que tiene es mala baba —susurró Johnny.
—¿Qué has dicho?
—Nada… Nada…
—Pues si es verdad lo que me ha parecido oír, a mí no me ha gustado ni pizca.
Y disparó otra vez.
Pero ahora había girado sobre sus tacones, volviéndose con la rapidez de una peonza. La bala fue hacia la derecha, hacia un punto de la calle en el que Johnny no había puesto los ojos aún. Se oyó un ruido de cristales y un aullido. El apache que estaba tras la ventana, acechando también con su rifle, quedó doblado sobre el alféizar,

mientras un hilo de sangre escapaba de su garganta.

—Esto se está poniendo difícil —dijo el sargento, sin que por otra parte se le moviera ni una pestaña—. Los apaches están ya en todas partes. Bueno, sigamos hablando tan tranquilamente como hasta ahora. ¿Qué informaciones has recogido por el camino?

—Que los apaches se habían alzado en pie de guerra y que Vallecillo estaba en la peor zona.

—¡Cuerno, eso ya lo sé!

—He oído, además, que dos escuadrones venían hacia aquí aprovechando el tendido provisional de la vía férrea.

La noticia pareció interesar al sargento. Esta vez su rostro se alteró de verdad y en sus labios apareció una ancha sonrisa. Escupió al suelo y dijo:

—¡Vaya! ¡Menos mal! ¡Ya era hora de que se movieran esos gandules! ¿Y cuándo salieron?

—Eso no lo sé. Sólo me dijeron que se dirigían hacia aquí. Mientras no se hayan equivocado de camino…

—Imposible. La vía férrea sólo lleva a un sitio.

Y el sargento se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Esto está peor que mal —dijo luego—. Todos los habitantes de esta cochina ciudad han huido al saber que los apaches se acercaban, y no ha habido manera de organizar la defensa. ¿Sabes dónde estoy con mi pelotón?

—No, claro que no.

—Pues a tres millas de aquí. Me he enterado de lo que ocurría cuando han sonado las primeras descargas y los indios ya tenían cercada la ciudad Nadie ha venido a avisarme…, ¡nadie! Claro que tengo un enlace en Vallecillo, o mejor dicho, lo tenía. Los indios le cortaron el cuello enseguida. Por eso no pude evitar el desastre.

Acarició el cuello del rifle como si fuera el cuello de una mujer, y masculló:

—¿Sabes de cuántos hombres dispongo?

—Ni idea.

—De ocho. Sólo de ocho. Una bonita tropa, ¿verdad? Una tropa como para imponer el orden.

—¿Y con sólo ocho hombres ha reconquistado la ciudad? —preguntó Johnny, asombrado.

—Tenía catorce, pero seis han muerto. Con los seis que me

quedan, he de mantenerme aferrado a estas ruinas hasta que me liquiden.

—¿Y por qué no huye?

—Yo no he huido nunca —masculló el sargento—. Hasta ahí podíamos llegar. Me defendería en Vallecillo, aunque quedara yo solo. Claro que con esos dos escuadrones que van a llegar…

Y en aquel momento, como si sus palabras hubieran sido una premonición, oyeron en las cercanías de la ciudad, acercándose raudo a ellos, el galope de un caballo.

Pero de un solo caballo.

Los dos hombres se volvieron hacia allí.

El que llegaba era un jinete de la Caballería, que iba encorvado sobre la silla. Se notaba que estaba mortalmente herido. Su uniforme azul se hallaba tinto en sangre.

El caballo también estaba herido.

Renqueaba peligrosamente.

El sargento masculló:

—Pero ¿qué es esto?

El caballo se detuvo, y el jinete cayó pesadamente a tierra cuando trataba de apearse con normalidad. Pero es que las piernas ya no le sostenían. El sargento le ayudó a ponerse en pie.

—A sus órdenes, mi capitán.

Porque el que acababa de llegar a Vallecillo era un oficial. Se notaba enseguida que estaba en las ultimas. No debían quedar en su cuerpo más que unas onzas de sangre.

—Sargento —balbució—. Sargento…

—Diga, mi capitán.

—Veo que los apaches han pasado por aquí. La ciudad ha sido saqueada.

—Hum… Y seis de mis hombres han muerto para reconquistarla.

—¿Cuántos tiene ahora?

—Ocho.

—Pues lárguese. No los sacrifique inútilmente… Lárguese.

—¿Por qué iba a hacerlo? Justamente ahora van a venir dos escuadrones. A menos que…

Y se quedó mirando al capitán con expresión pensativa, como si el capitán fuera un libro abierto en cuyas páginas leyese algo que no le gustaba ni pizca.

—¿Quiere decir que esos escuadrones ya no existen? —balbució—. ¿Que usted es el único superviviente?

—El tendido de la vía era provisional —masculló el capitán—. Resultaba muy fácil hacernos descarrilar. Espantosamente fácil. Los obreros que trabajaban en el tendido fueron sustituidos por unos forajidos de acuerdo con los apaches… Nos fuimos todos al infierno. ¡Al infierno! Aquello fue una carnicería. Nos tiroteaban desde las colinas, desde debajo de las piedras… Para que saliéramos del refugio de los vagones, clavaron en ellos flechas incendiadas. Y en cuanto salíamos nos cosían a balazos… No sé ni cómo pude apoderarme de un caballo y huir. Pensaba que en Vallecillo todo estaba en orden y quería reunir a la población… Organizar voluntarios. Pero veo que todo se ha perdido.

El esfuerzo hecho para hablar le había dejado sin respiración. Jadeaba espasmódicamente y cada vez se derrumbaba más en brazos del sargento.

Éste murmuró:

—Por favor, siga, capitán.

—Sólo he de decirle una cosa: lárguese. No sacrifique a sus hombres. Ya llegarán refuerzos y entonces…, entonces tal vez sofoquemos la revuelta… Pero lárguese… Es una orden.

Y se derrumbó definitivamente.

Ya no volvería a hablar más.

Las últimas gotas de sangre habían abandonado el cuerpo. Resbaló poco a poco hasta caer a tierra.

El sargento lanzó una imprecación.

—De modo que estamos solos, ¿eh? De modo que solitos contra todos los indios y contra toda esa banda… Muy bien, hombre, muy bien… Y me han ordenado que me retire. ¡Estaría bueno! ¡Que me retire! ¡Tiene gracia! ¡Que me esconda como una liebre! ¡Que vuelva el rabo delante de esa cuadrilla de hijos de perra!

Johnny susurró:

—Han hablado antes de una banda, ¿no?

—Cierto. ¡Claro que hemos hablado antes de una banda! ¡Y hablo ahora! ¿Crees que los apaches se hubieran sublevado solos? ¡No! Los apaches ya estaban muy tranquilos aquí. Pero ha habido un grupo que está «trabajándose» en plan de rapiña todo el sur de Nuevo México, y ha sido ese grupo el que ha incorporado a varios

apaches a sus filas, provocando el alzamiento de todos los demás. ¿Y yo he de conformarme? ¡Pues estaría bueno!

Hizo crujir sus nudillos antes de añadir:

—Si domino toda esta zona, me darán cuatro mil dólares. Es el premio que el ejército tiene establecido para los suboficiales que dominen en su sector un levantamiento indio. Nunca he tenido cuatro mil machacantes. Y los necesito mucho. ¡Los necesito de verdad, qué cuerno!

—¿Para qué?

—Compraría un pequeño rancho en mi tierra natal de Montana. Allí todo es barato. Compraría un pequeño rancho y sería de una vez un hombre.

Johnny sonrió.

—¿Quiere decir que no lo es ahora?

—Me refiero a ser un hombre libre.

—Usted no cambiará nunca de vida, sargento… En el fondo le gusta esto.

—¡Qué carajo va a gustarme!

—Pues lárguese. Ya se lo ha dicho el capitán. Lárguese.

—¡No voy a largarme! ¡Los que han destruido esta ciudad van a pagarlo! ¡Van a pagarlo, lo juro!

E hizo crujir sus nudillos de forma que pareció toda una descarga de fusilería.

Johnny murmuró:

—¿Cuál es la banda que ha incorporado los apaches a su grupo?

—La banda de McDougal.

Johnny Hart entornó los párpados.

Por sus ojos pasó una extraña lucecita. Fue como un relampagueo. Luego sus facciones volvieron a quedar impasibles.

—¿Dice que tiene ocho hombres? —masculló.

—Sí.

—Cuente con nueve.

—¿Quieres decir que te agregas como voluntario? ¿Vas a luchar contra los indios?

—Voy a luchar contra la podrida banda de McDougal.

—¿Por qué?

—Tengo un asunto personal con él. Tengo un asunto de los que sólo se resuelven con un cuchillo o con un revólver.

—¿Sabes cuántos hijos de perra le acompañan?

—No me importa.

—De todos modos, te lo diré. Le acompañan cerca de veinte. Y los apaches incorporados son más de treinta. En total cuenta cincuenta enemigos…, sin mencionar a los que han aprovechado la ocasión para sublevarse, y que son una tribu entera. ¿Qué crees que vamos a hacer?

—Una cosa muy sencilla —dijo Johnny—. Morir matando.

El sargento masculló:

—Dilo mejor de otra manera: Matar primero y morir después. Porque si es al contrario…

CAPÍTULO VI

UNA CIUDAD PARA LOS MUERTOS

Sí, Johnny Hart tenía una cuestión personal con McDougal, pero de eso no había hablado con nadie. No pensaba hablar tampoco. Se limitó a guardar silencio y a mirar al sargento, mientras éste se llevaba dos dedos a la boca.

Con su ayuda, lanzó un largo y agudo silbido.

Varios hombres que habían estado ocultos entre las rocas cercanas a la población aparecieron entonces. Todos iban desastrados, sucios, hechos cisco, empuñaban rifles y había en sus ojos como una mirada de desesperación.

—Parece que se sienten acorralados —musitó Johnny.

—¿Cree que les falta razón?

—Si piensan esto, pronto estarán más acorralados que ahora. Estarán dentro de una tumba.

—¡Así me gusta, amigo! —mascculló el sargento—. Me gusta ese lenguaje. Hay que dar moral a la tropa. ¡Eh, muchachos! —gritó a sus soldados—. ¡Estamos solos! ¡Así nadie nos molestará! ¿Qué pistonudo, eh?

La mayor parte de los soldados le dirigieron una mirada de asombro. Un par de ellos le enviaron una mirada asesina.

Se notaba que no estaban a gusto allí. Que temían por sus preciadas cabelleras.

—Pero aguantarán —susurró el sargento, como si adivinara lo que pensaban—. Por su madre que aguantan.

Johnny musitó:

—¿Cuál es su nombre, sargento?

—Me llamo sargento Guran. Pero la mayor parte de la Caballería me conoce como el sargento Hiena.

—Se ve que los soldados le quieren.

—¡Uf! Me adoran. Hay bofetadas por venir a mi pelotón.

—Las bofetadas las habrá para escaparse por las ventanas, digo yo.

El sargento Hiena no contestó a esta suposición, quizá porque estaba tan cerca de la verdad que no tenía argumentos en contra.

Alzó la mano para decir a sus hombres:

—¡Vamos al *saloon*! ¡Alguna botella quedará, muchachos! ¡Hala, al *saloon*!

La cosa animó bastante a aquella desanimada tropa.

Los diez hombres en total avanzaron por el centro de la calle. En Vallecillo había un solo local de diversiones. Un gran cartel rojo anunciaba en español:

EL PARAISO SALOON
Bebidas y chicas

—¡Vaya! —susurró Johnny—. Éste debe ser el paraíso de Mahoma.

Entraron.

Todas las mesas estaban materialmente tapizadas de cadáveres. No quedaba ni una en la que no hubiera al menos un muerto.

Hasta el dueño.

El dueño había sido ahorcado y colgaba con la lengua fuera de una de las lámparas de su *saloon*. Aquello había sido una matanza.

En la barandilla del primer piso también había doblados dos muertos. Y otro más tumbado en la escalera.

Todo lo que Johnny pudo decir fue:

—Imposible…

Pero Guran lanzó una carcajada.

—¡Han tenido suerte! —dijo—. ¡Acaban de morir y ya están en el paraíso! ¡Fíjate!

Y siguió riendo mientras se contorsionaba, incapaz de dominarse, como si le doliera la tripa.

Por lo visto, aquel tipo disfrutaba con la muerte.

Por eso debían llamarle el sargento Hiena.

—¡Vamos a beber! —gritó Guran, señalando al dueño ahorcado—. ¡Hala, muchachos, a aprovechar! ¡Seguro que ése no os presentará la cuenta!

Y él mismo tomó una de las pocas botellas que quedaban enteras, empezando a beber el *whisky* a chorro.

Sus hombres le imitaron. Para cumplir aquella orden no necesitaban que se les amenazara con un arresto.

Johnny tomó la última botella que quedaba.

E iba a beber también a chorro cuando de pronto todo su cuerpo se contorsionó.

Había comprado un revólver en el camino, y ésa era la única arma de que disponía ahora. Los dedos volaron hacia la culata. Disparó frenéticamente dos veces.

Se oyó un alarido, mientras una bala se empotraba en el techo.

No era Johnny quien la había disparado, sino el tipo que se había levantado de una de las mesas, intentando acribillarles por la espalda.

Pero ahora el acribillado era él. Las dos balas de Johnny le habían alcanzado en el centro del pecho.

El joven tenía los ojos desencajados.

Porque aquello le pareció imposible al principio.

El tipo al que acababa de matar era uno de los muertos. Y ahora resultaba que había otros que también se levantaban. ¡Los muertos se incorporaban por todas partes!

—¡Es una trampa! —aulló—. ¡Cuidado! ¡Es una encerrona!

En efecto, los que estaban doblados en la barandilla del piso superior también habían recobrado la vida bruscamente. Y el que estaba tumbado sobre las escaleras también giraba sobre sí mismo, descubriendo el rifle de cañones aserrados que había tenido oculto bajo su cuerpo.

La cosa estaba clara.

Entre los muertos de verdad se habían situado unos cuantos que estaban más vivos que una serpiente acabada de nacer. Y en cuestión de segundos hubieran eliminado a todos los soldados de no estar atento Johnny.

El sargento Hiena aulló:

—¡Matadles! ¡Infierno, matadles! ¡Hay una cosa que no perdono!

¡Que no me dejen beber tranquilo!

Eso era más fácil de decir que de hacer. Los enemigos aparecían por todas partes. Incluso había uno escondido detrás de la barra.

Pero Johnny Hart disparaba como una ametralladora. Él era quien estaba más atento y quien tenía ya el revólver en la mano. Envió al diablo a los dos que estaban en el piso superior, y que representaban el mayor peligro porque dominaban ampliamente la zona.

Guran no se molestó en disparar.

Lanzó el cuchillo con un golpe seco y tajante.

El de la escopeta de cañones aserrados, que ya se aprestaba a disparar desde las escaleras, lanzó un alarido cuando la hoja tremolante se le clavó en la garganta. Otros dos que estaban en las mesas fueron materialmente barridos por el plomo.

Hubo muertos que, si eso fuera posible, murieron dos veces.

Porque los soldados, no fiándose de nadie, disparaban ya contra todo bulto que hubiera sobre las mesas. Los cadáveres cayeron sobre los cadáveres. Los que aún quedaban vivos se retorcieron lanzando alaridos, mientras sus cuerpos eran segados por el plomo.

Pronto no quedó en el local nada que se moviera a excepción de los soldados y de Johnny.

Y aun no todos los soldados.

Uno de ellos había muerto. Otro estaba herido.

Guran se acercó a este último. Y empezó a arrojarle *whisky* a chorro sobre el balazo.

—¡No me jorobe, sargento! —gritó el soldado—. ¡El *whisky* es para otra cosa!

Y le quitó la botella de las manos, empezando a atizárselo también a chorros, pero ahora sobre la garganta.

En cuanto al muerto, lo sacaron de allí.

Guran masculló:

—Bueno, muchachos, hay que enterrar a los cadáveres, o en esta ciudad no se podrá vivir dentro de un par de días. Hay que hacer dos fosas: una para nuestros hombres y la otra para los demás… Y aprisa.

Johnny murmuró:

—¿Es que piensa quedarse aquí. Guran?

—¿Y en qué otro sitio nos vamos a quedar? ¿Dónde hemos de

plantear la batalla a esos tipos? ¿En campo abierto?

Johnny asintió.

—Y fíjate en otra cosa —masculló Guran—. Tenía ocho hombres y ya sólo tengo seis.

—Son siete.

—Y un cuerno… El herido está muy mal. ¿Es que no te has dado cuenta? Dentro de una hora empezará a delirar, y por la noche habrá muerto. Lo siento, porque es un valiente. Pero sólo puedo contar con seis hombres, ésa es la verdad.

Johnny reconoció que el sargento tenía razón.

Y que tenía razón también al decidir quedarse en la ciudad, porque en campo abierto serían eliminados.

—Creo que todos te debemos la vida —masculló Guran—, y por eso te voy a dar un consejo: lárgate. Tú eres un paisano y nada te obliga a estar aquí. Tal vez puedas llegar a México con un poco de suerte. Pero si te quedas…

Johnny sonrió secamente.

—Si me quedo la palmo, ¿verdad?

—La palmas. Y encima los apaches se harán pipí sobre tu tumba.

—Bueno —dijo Johnny, encogiéndose de hombros—. Vamos a enterrar a los muertos.

—¿Por qué tanto interés?

—Quiero fijarme en sus caras.

—¿Por qué razón?

—Para aprender la cara que tengo que poner cuando me toque, hombre… Para aprender la cara que tengo que poner cuando me toque…

CAPÍTULO VII

UN REVOLVER A LA ESPALDA

Los muertos fueron enterrados en dos fosas, como quería Guran. En una descansaron los soldados y sobre ella se plantó una cruz en la que figuraban sus nombres. En otra, descansaron los forajidos, los apaches y los habitantes de Vallecillo que habían muerto en la matanza. No era justo mezclarlos, por supuestos. Pero los pocos hombres que estaban allí no podían abrir una tumba para cada uno, y, además, les era imposible, una vez muertos, distinguir a los forajidos de los honrados habitantes de la ciudad.

Cuando terminaron con aquello, fueron organizados los turnos de vigilancia.

La ciudad entera estaba desierta, si se les exceptuaba a ellos.

Podían disponer para la vigilancia de todas las azoteas, y sobre todo del campanario, donde fue instalado un hombre.

Aunque Guran masculló:

—Eso servirá de poco.

—¿Por qué?

—De día nadie se acercará. Será de noche cuando empezaremos a bailar otra vez.

—Hay que situar un hombre en cada extremo de la ciudad —aconsejó Johnny—, además del que hay en el campanario. Con eso seremos cinco los centinelas. El hombre restante y nosotros dos podemos constituir una especie de núcleo de reserva para acudir allí adonde hagamos falta. Propongo que los turnos sean solamente de una hora.

—De acuerdo —dijo el sargento—, me parece perfecto, aunque

existe el inconveniente de que los soldados estarán reventados de sueño al amanecer.

—Ya dormirán de día. Durante el día, con sólo el hombre del campanario será suficiente.

—También es cierto. Todo me parece bien, pero propongo que nosotros no estemos juntos. No quisiera que, en caso de sorpresa, nos atraparan a todos a la vez. Nos situaremos en casas que estén juntas, pero cada uno en una diferente.

Johnny asintió.

Cada uno de los hombres ocupó su lugar. Johnny subió al campanario antes de situar allí a un hombre. El campanario era de piedra y bastante alto. Dominaba la pequeña ciudad y las inmediaciones de ésta.

No se advertía ni un movimiento.

Ahora diríase que estaban quietos hasta los papeles que antes rodaban por el suelo.

Las sombras lo iban cubriendo todo.

Johnny Hart sabía que los apaches y los pistoleros que los habían puesto en pie de guerra, estarían vigilando desde las afueras de la ciudad. Estaban al tanto de todo. Ellos conservaban la iniciativa y ellos elegirían el momento de desencadenar el ataque… Pero ¿cuándo? ¿Y por dónde llegaría?

Cuando la noche cayó, Johnny bajó del campanario, dejando allí al soldado a quien correspondía el turno. Él fue a la casa que tenía asignada para pasar la noche, si bien estaba seguro de que no podría pegar el ojo hasta el amanecer.

La casa había sido saqueada. No quedaban en ella más que unos pocos muebles manchados de sangre. La tragedia que debía haberse desarrollado allí hizo que Johnny entornara los párpados con una mirada de rabia.

Se tumbó en el diván, esperando que pasara el tiempo.

Y el tiempo pasó.

Los minutos se clavaban como martillazos en el cerebro del hombre despierto, que detrás de cada recodo de la ciudad imaginaba la inminente amenaza.

Consultó su reloj sólo una vez.

Las tres.

La cabeza le pesaba. Pensó que por cerrar un momento los ojos

no ocurriría nada. Todo estaba en calma.

Hundió la cabeza sobre el pecho y quedó sumido en el sueño durante unos minutos. ¿Cinco? ¿Diez? Nunca llegó a saberlo bien. Lo cierto fue que perdió la noción del tiempo.

Hasta que algo se lo hizo recuperar.

Aquel revólver clavándose en sus costillas…

CAPÍTULO VIII

¡QUIERO TU CABEZA!

Era un contacto tan familiar y Johnny lo había sentido tantas veces que no se alteró. Abrió los ojos, poco a poco, pensando: «Maldita sea… ¡Ya me han cazado esos hijos de perra!».

Pero no era un hombre el que le amenazaba. La sorpresa de Johnny Hart no tuvo límites al darse cuenta de que se trataba de una mujer. Y además, de una mujer a la que él conocía.

Farfulló:

—¡Nora Donovan!

Nora hizo más fuerte aún la presión del cañón en sus costillas.

—No grites, maldito. No grites o te descerrajo una bala aquí mismo.

—No tengas miedo, muñeca, no gritaré. Pero ¿por qué todo esto?

—He ofrecido cinco mil dólares por tu cabeza.

—Vaya… Nada menos que cinco mil machacantes.

—El hombre al que mataste pertenecía a mi rancho.

—Veo que yo y tu rancho somos incompatibles, preciosa.

—Otra burla de ésas y te clavo una bala en cada costilla, sucio asesino.

—He de decirte algo que lo cambia todo, Nora: yo no lo asesiné.

—No, ¿verdad? ¡Pobrecito mío!

—Aquel tipo estaba drogado. No sabía por dónde andaba. Alguien le dijo lo que tenía que hacer, ofreciéndole, además, una recompensa si obedecía. En sus condiciones no se dio cuenta de que aquel aparato de gimnasia estaba preparado para que se ahorcara.

Era peor que un borracho. El tipo se ahorcó, y cuando yo trataba de ayudarle hicieron entrar al *sheriff*. Todo muy bien preparado. Perfecto.

Nora pareció considerar aquellas palabras. Esta vez no amenazó.

En la semioscuridad no se veían bien sus ojos, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que por ellos pasaba como una chispita de incertidumbre y de vacilación.

Johnny insistió:

—Todo fue una trampa preparada por alguien que quiere hundirme, que quiere verme condenado a muerte.

—¿Quién?

—Eso no puedo decírtelo.

—Si fuera verdad me lo podrías decir —musitó ella—. Está bien, Johnny. No te creo una sola palabra. Basta de cuentos. Ha llegado la hora de que pagues tu culpa.

El joven decidió ganar tiempo. Le iba a ser difícil sustraerse a la amenaza del revólver, que estaba más firmemente clavado en sus costillas a cada instante que pasaba, pero tenía que intentarlo.

—¿Por qué aprecias tanto a los hombres de tu rancho? —bisbiseó—. ¿Por qué te preocupas tanto de ellos?

—Porque estoy sola —reconoció Nora—. Porque quedé huérfana y dueña del rancho a los dieciséis años. Los hombres que entonces había allí pudieron hundirme para siempre, porque yo no sabía nada de nada, pero en lugar de eso me ayudaron a levantar el rancho. La deuda que tengo con ellos nunca podré pagarla. Han sido mi sostén y mi única ayuda. Por eso apoyo a los que están vivos y vengo a los que están muertos.

—Muy elogiable.

—Basta de charla. No creas que he venido aquí para hablar contigo. Ha sonado tu hora, Johnny Hart.

El arqueó una ceja.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme a sangre fría?

—Voy a entregarte.

—Te advierto que aquí no hay *sheriff* ni alguacil.

Han huido.

—Pero, en cambio, hay un representante del ejército. En esas condiciones, él es la ley.

—¿Cómo sabes que hay militares aquí, Nora?

—Lo he estado viendo todo con un catalejo desde una colina próxima.

—¿Desde cuándo nos estás observando?

—He llegado aquí al atardecer, pero no he podido acercarme hasta ahora.

Johnny Hart estaba realmente sorprendido ante las palabras de la muchacha. Lo estaba porque todo aquello significaba algo en lo que no quería creer.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —musitó—. ¿No te ha visto nadie? ¿No te han dado el alto? ¿Cómo es posible?

—No, no me han dado el alto.

—Pues había centinelas…

—Entonces al menos uno de ellos está muerto… —dijo sentenciosamente la muchacha—. El que vigilaba el lugar por donde he entrado yo.

—¿Has venido sola?

—No. Tengo ayuda.

—¿De qué clase?

—Eso no te importa ahora. Ya la verás…, si intentas huir.

El joven sentía que el cañón del revólver quemaba en sus costillas. Aquella situación se le hacía insoportable. No era por el peligro que corría, sino porque estaba perdiendo el tiempo y no podía evitar lo que sin duda se avecinaba.

—Nora —bisbiseó—, no me cabe duda de que al menos uno de los centinelas ha sido asesinado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Que los apaches están por aquí.

—¿Y qué ocurrirá si te capturan?

—No te preocupes por mí. Sé defenderme.

—Pero es que no son los apaches solos. Los que los han hecho sublevarse son los pistoleros de la cuadrilla de McDougal. Los pistoleros les dirigen y les obligan a luchar con los métodos de los hombres blancos. Dentro de un momento los tendremos aquí si tú no me permites que me defienda.

Ella rechinó los dientes.

—Ojalá te maten, Johnny —masculló—. Ojalá te maten y me ahorren a mí ese trabajo.

—Pues van a conseguirlo.

—¿Qué dices?

—Mira hacia atrás.

La muchacha obedeció instintivamente. Y en el momento de hacerlo se dijo que había caído en una trampa. Él había hecho que abandonara la vigilancia para desarmarla.

Pero no era una trampa. En efecto, en el umbral de la puerta se recortaba la silueta de un apache.

Iba vestido como los hombres blancos, aunque sus ropas eran viejas y le caían mal. Posiblemente eran las ropas de alguna de sus víctimas. Empuñaba un machete mexicano con el que podía partir de un solo tajo el cuello de un hombre.

Sus ojos escrutaban la penumbra de la habitación, pero no habían visto aún las dos siluetas pegadas a un ángulo. Cuando las divisó, se lanzó hacia adelante con un salvaje grito de guerra.

Nora se había vuelto repentinamente.

Disparó una sola vez.

La cabeza del apache se abrió en dos mitades. El grito terminó en un gorgoteo. El machete cayó de su mano.

Johnny Hart fue a sacar también su revólver, pensando que vendrían más enemigos y que aquello era sólo el principio. Pero la muchacha estaba atenta y pensó que la maniobra iba dirigida contra ella. Hizo un disparo casi a quemarropa, con una serenidad y una precisión que hubiera envidiado un hombre.

El revólver que Johnny Hart acababa de empuñar saltó hecho pedazos. El joven lanzó una imprecación.

—¡Estúpida!

—Yo no gasto bromas con los asesinos —dijo Nora, secamente.

—Esta vez te has pasado de la raya. Necesitaba tener un arma. ¡Los indios saldrán como chinches de todas partes! ¡Y los canallas que los dirigen también!

—¡Vete al infierno!

Pero las palabras de Johnny reflejaban la verdad.

Los apaches debían haber degollado a un centinela y tenían, por tanto, un sitio por donde entrar. Al menos una docena de ellos estaban ya en las inmediaciones de la casa. Al oír el disparo, los salvajes gritos de guerra parecieron resonar en todas partes.

El sargento Hiena también aulló en la casa de al lado:

—¡Infiernos! ¡Están aquí!

Pero diríase que aquello no le disgustaba. Al contrario. Para él

empezaba ahora la buena vida.

Otro apache penetró en la casa. Éste llevaba un rifle.

Vio enseguida a Nora, que se había colocado demasiado enfrente de la puerta, y disparó. Johnny no pudo evitarlo. Pero la muchacha tuvo suerte, una suerte que quizá no se volvería a repetir nunca más en su vida. La bala se estrelló en el revólver que empuñaba, salió desviada, le rozó la cabeza y se astilló en una pared a la derecha de la habitación.

Nora lanzó un gemido.

El apache recargó su rifle, moviendo la palanca, mientras pensaba que ahora no iba a fallar. La víctima estaba quieta y desarmada frente a él. Pero no contaba con la agilidad de Johnny Hart.

Éste se había acostumbrado a deslizarse por los *rings* con una agilidad de simio. Por eso sus rivales nunca le alcanzaban. Y ahora, sin que el apache supiera cómo, se lo encontró frente a él. No llegó a tiempo ni de apretar el gatillo.

El terrible gancho le alcanzó en la mandíbula.

Fue como si hubiera sido golpeado por una roca de cien kilos.

El apache, sin lanzar ni un gemido, quedó K.

O. Johnny

se apoderó de su rifle.

Lo hizo a tiempo. De lo contrario, un segundo después ya no hubiera vivido.

Dos apaches más acababan de aparecer en la puerta. Los dos llevaban revólveres último modelo.

Con el rifle apoyado en la cadera, el joven hizo dos disparos casi simultáneos. Sus dos enemigos cayeron hacia atrás. Uno de ellos llegó a disparar, pero la bala se perdió en el techo.

Hizo una seña a la muchacha para que se quedara quieta.

—Apodérate de uno de esos revólveres y defiéndela si es necesario —fue lo único que le dijo—. Pero no te muevas de aquí.

Salió.

El sargento Guran había trepado, no se sabía cómo, al tejado de la casa. Desde allí disparaba rabiosamente con su rifle contra todas las sombras que veía moverse.

A cada nuevo disparo lanzaba una brutal carcajada.

Había abatido ya a tres apaches. Y para él, la fiesta no había

hecho más que empezar.

Pero un indio se deslizaba ya por el tejado, a su espalda, sin que él lo notara. Llevaba un cuchillo entre los dientes. Johnny lo vio desde abajo.

—¡Cuidado! ¡Guran, atrás!

El aviso hubiera surtido efecto caso de no ser tan ágil el piel roja. Guran hubiera tenido tiempo de volverse y disparar. Pero el tipo que tenía a su espaló demostró ser un puma. Con el cuchillo ya en la derecha, se lanzó hacia adelante en un salto felino.

Guran sólo tuvo tiempo de pegarse al tejado esquivarle del mejor modo que pudo. El indio falló la puñalada, pero en cambio le abrazó. Los dos rodaron tejado abajo.

Mientras tanto, el que antes había quedado K. O., después de los impactos de Johnny, y que estaba cruzado en la puerta, se recuperó a medias. Con el cuchillo que aún llevaba al cinto, se lanzó al ataque Johnny estuvo a punto de ser cazado por la espalda.

Pero oyó los resoplidos del otro. Eso fue lo que le salvó.

Cuando la hoja de acero ya volaba hacia su nuca Johnny Hart se volvió instantáneamente. Mientras esquivaba la cuchillada con una finta, su puño derecho salió disparado. El indio recibió un espantoso golpe en la sien y volvió a caer K.
O. Pero
esta vez el K. O. iba a ser definitivo. La hemorragia cerebral causada por el terrible impacto fue de las que no perdonan.

Johnny se volvió entonces de nuevo para ayudar a Guran.

Pero éste ya estaba enzarzado en la pelea con el apache. Guran, al caer, había quedado sin armas. El apache, en cambio, conservaba su cuchillo de desollar. Hizo con él una finta, mientras buscaba el corazón de su enemigo.

Pero el sargento Hiena no era un novato.

Desde los quince años luchaba contra los indios.

A los catorce había visto arrancada la cabellera de su madre.

Por eso él se afeitaba el cráneo.

Decía que nunca se la arrancarían.

Y un odio inextinguible se alimentaba en su corazón desde entonces, desde que era poco más que un niño.

Esquivó la cuchillada y apretó el brazo del apache. Lanzó una carcajada mientras el otro se retorcía de dolor. Apretó un poco más

y le rompió el brazo por dos sitios.

Luego segó el cuello del indio, valiéndose de su propio cuchillo.

Guran nunca había conocido la piedad. No la pedía tampoco para él. Era una auténtica hiena, hijo de una tierra salvaje en la que sólo podía existir la muerte.

Miró en torno suyo.

Y en uno de los tejados distinguió una sombra.

—¡Allí!

Fue Johnny el que hizo fuego, valiéndose del rifle. La sombra dio un brinco en el aire y pareció desintegrarse en él. Luego cayó pesadamente a tierra.

Esta vez no se trataba de un piel roja, sino de un hombre blanco. Pero ninguno de los sitiados corrió hacia allí, para no caer en una trampa. Guran recuperó su revólver, y ambos escrutaron las tinieblas.

Pero ya no se movía allí ni una hoja.

El resto de los asaltantes, al ver que la sorpresa fallaba, se habían retirado.

Guran masculló:

—Parece que los que han perdido la cabellera han sido ellos, ¿eh? No volverán a intentarlo por lo menos hasta la noche que viene… Eh, ¿qué es esto?

Sus ojos asombrados acababan de clavarse en Nora, que había aparecido en el umbral de la puerta.

—Pero ¿qué hace esta princesa aquí? —barbotó—. ¿De dónde cuerno ha salido?

—Entró por el mismo sitio que los apaches. Los apaches habían degollado a un centinela y ella pudo pasar sin que la viera nadie.

—¿Y qué busca?

—Me busca a mí.

Guran produjo un chasquido con su boca, como si acabaran de darle a oler un licor irresistible.

—Pues si que tienes suerte… ¿Y qué? ¿No hay reparto?

—Me parece que te equivocas, Guran. Esta muñeca no ha venido porque me quiera, sino por todo lo contrario.

El sargento Hiena no acababa de entenderle muy bien, pero Nora Donovan se encargó de explicarlo.

—Este hombre mató a uno de los hombres de mi rancho, y los

hombres de mi rancho son como hermanos para mí. Juré vengarlo y a eso he venido.

—¿Qué quieres? ¿Matar a Johnny?

—Sí.

—Pues no hace falta esforzarse mucho. Con un par de besos lo liquidas, preciosidad. Si quieres, voy preparando el ataúd para ganar tiempo.

Nora se dio cuenta de que estaba ante un par de auténticos frescos, por no decir algo peor. De modo que empleó el argumento que hasta entonces nunca la había fallado.

—Ofrecí cinco mil dólares por la cabeza de ese perro —dijo, señalando a Johnny.

—¿Y qué?

—Estoy dispuesta a pagárselos al contado si lo mata usted mismo, sargento.

Los ojos del sargento brillaron.

—Cuernos —dijo—. Yo estoy haciendo esta guerra con la esperanza de ganar cuatro mil machacantes y…

En uno de los bolsillos de la camisa de Nora, que vestía ropas masculinas, había un fajo de billetes todavía precintados, un fajo de dólares que nadie había tenido ocasión de gastar aún. Estaban frescos y crujientes. La muchacha los sacó y los puso delante de las narices del sargento.

—Aquí los tienes. No hay cinco, sino seis. Son tuyos si matas a este hombre.

El Hiena sonrió.

Y entonces comprendió Johnny por qué le habían dado aquel nombre.

—Nada de matar a nadie —dijo—. Dame esos cinco mil dólares, preciosa. Ya lo has visto bastante. Y si te pones tonta puede que aún sea peor para ti. Porque encima eres demasiado guapa…

De un manotazo le arrancó el dinero. La muchacha quedó lívida. Pero quedó lívida sobre todo al ver la mirada del sargento Hiena, porque se dio cuenta de todo lo que aquel hombre era capaz.

—¡Devuélvamelo! —gritó—. ¡Devuélvamelo, maldito!

Guran tendió la mano hacia la cintura de la muchacha.

—Dalo por perdido, muñeca. Y piensa que has salido muy bien librada. Porque tal vez lo piense mejor y te quite otras cosas.

Johnny Hart tensó los músculos, dispuesto instintivamente a defender a la muchacha, pero no hizo falta. Porque en aquel momento un vozarrón potente se escuchó en la esquina de la calle:

—¿Te atreverías? Dime, ¿te atreverías, renacuajo?

Guran miró hacia allí, hacia donde sonaba la voz.

Y quedó petrificado.

¿Qué era aquello? ¿Mujeres? ¿O montañas que se movían?

Debían ser madre e hija, porque una resultaba mucho más joven que la otra. La que menos pesaba ciento veinte kilos. ¡Pero qué ciento veinte kilos! Todo era músculo. Ni los que transportaban raíles del ferrocarril a través del desierto tenían aquellos bíceps. Y lo curioso era que ninguna de las dos perdía por eso femineidad. La hija era incluso bastante guapa… para el que prefiera las llenitas, claro.

Guran las miró. A las dos y a Nora.

Eran tres mujeres de narices, cada una en su estilo. Tres mujeres de narices, eso sí. Pero cuando la madre y la hija empezaron a avanzar hacia él, sintió que le temblaban las rodillas.

SEGUNDA PARTE

DOS MUJERES DE NARICES

CAPÍTULO IX

CINCO MIL DÓLARES POR UNA CABEZA

La madre y la hija se plantaron ante él.

La madre debía tener cuarenta años; la hija, veinte.

El sargento, que era de Caballería, pensó: «Pero ¿por qué corcel habrán encontrado éstas para poder montarlo?».

No iban vestidas de hombre, sino de mujer. Y la más vieja puso los brazos en jarras.

—¿Se atrevería a tocar a mi niña? —preguntó.

Guran señaló a Nora.

—¿Ésta es… su… su «niña»?

—Como si lo fuera. Yo ya estaba en el rancho cuando ella nació. La he tenido en los brazos y la quiero como a mi propia hija, la inocente Anita, aquí presente.

La inocente Anita esgrimió el bolso que llevaba colgado de uno de sus corpulentos brazos. Era un gran bolso de piel lleno de… ¿de qué?

Guran lo comprendió demasiado tarde, cuando aquel artefacto volaba hacia él… ¡lleno de piedras!

El choque por poco le hunde el cráneo. Guran tembló de pies a cabeza. Si se mantuvo en pie, fue porque su cabeza también era de roca.

—¿Qué he de hacer para ganarlos? —masculló.

—¡Mate a este hombre!

Guran no se lo hizo repetir dos veces.

Al fin y al cabo, su oficio era matar.

Extrajo el cuchillo de desollar y se lanzó a fondo contra Johnny,

que estaba desprevenido.

Un poco más y le atraviesa de lleno. Johnny pudo dar a tiempo un salto hacia atrás. Levantó inmediatamente la pierna izquierda y propinó un terrible puntapié a la mano armada de su enemigo.

Los dedos de Guran produjeron un terrible chasquido. El insufrible dolor hizo que no pudieran seguir reteniendo el arma. El cuchillo resbaló hasta caer pesadamente.

Pero el sargento Hiena lanzó una carcajada.

Cuando los huesos empezaban a dolerle era cuando él se divertía.

—¡Muy bien, amigo! —masculló—. ¡Por cinco mil machacantes yo soy capaz de abrir la cabeza a una docena como tú! ¡Prepárate!

Y se volvió a lanzar a fondo.

Pero ahora con los puños.

Fue ágil, mucho más ágil de lo que esperaba Johnny. Le alcanzó con un crochet y con un directo que le hicieron tambalearse. Pero el joven se rehízo enseguida. Dejó que su enemigo, con la sensación de que lo tenía acorralado, perdiera la respiración propinándole una larga serie al estómago, que a él no le hizo apenas ningún daño.

Y entonces lanzó su gancho.

El gancho era uno de los golpes que más fama habían dado a Johnny. Si lo lanzaba bien, decidía por sí solo un combate.

Y esta vez lo lanzó bien.

Toda la cabeza del sargento pareció salir despedida por los aires. Sus brazos se abrieron como aspas.

Pero no cayó.

Otro cualquiera hubiese quedado K. O. Él se tambaleó solamente.

¡Y aún tuvo fuerzas para contraatacar!

Johnny nunca se había encontrado con un rival tan duro. Cuando aquel cruzado vino a su mandíbula, los pies del joven parecieron separarse del suelo. Guran lanzó un alarido de triunfo.

Estaba seguro de haberlo tocado bien. Y de que lo tumbaría si lograba alcanzarle con un nuevo impacto.

Pero no pudo.

Los dos puños de Johnny se dispararon y se cruzaron en el aire… después de haberse llevado por delante las dos cejas de Guran. Los ojos de éste se nublaron a causa de la sangre. Se

tambaleó, no sabiendo dónde estaba. Johnny Hart disparó de nuevo su gancho.

Sonó un chasquido atroz.

Y el sargento cayó hacia atrás, con la cara convertida en una máscara sangrienta.

Ya no estaba en situación de levantarse más.

Su cabeza zumbaba y de su enemigo no veía más que una débil sombra.

—Basta, Guran —dijo Johnny—. Ya has recibido lo suficiente. Olvídate de los cinco mil dólares y levántate.

Guran se pasó un pañuelo por los ojos, intentando enjugarse la sangre.

—Esto no ha terminado —dijo—. Esto no ha hecho más que empezar. Te mataré, muchacho.

—Y yo te mataría a ti si no estuviésemos rodeados de enemigos, Guran. Pero hay algo más urgente que arrancarnos la piel. Los apaches y los granujas que nos controlan nos liquidarán apenas nos descuidemos. Primero hemos de exterminarlos a ellos y luego arreglaremos nuestro asunto.

Y volvió la espalda.

Guran tendió la mano. Y sujetó el cuchillo que antes le habían obligado a soltar.

Una de las dos mujeres, la más joven, gritó:

—¡Cuidado!

Pero Johnny no se volvió.

Por unos instantes estuvo a merced de su enemigo, que podía haber lanzado el cuchillo perfectamente y haberle atravesado el corazón con él.

Pero el sargento Hiena no lo hizo.

Miró con desprecio a la mujer que acababa de gritar.

—Yo no mato por la espalda, nena —farfulló—. Yo sólo quería el cuchillo porque es mío. ¡Vete al diablo!

Pero a la madre no le sentó bien aquello.

Descargó su puño derecho contra Guran, que empezaba a ponerse en pie. Guran salió disparado contra la barandilla de uno de los porches, que se hizo añicos. Cuando se puso en pie de nuevo, tuvo que apoyarse en una de las columnas para no venirse a tierra.

—¡Con mi nena no se mete nadie! —gritó la que acababa de

atizarle.

Y avanzó de nuevo como si quisiera repetir el golpe.

Pero la hija la detuvo con un gesto.

—No lo hagas más, mamá. Este hombre me…

—… ¿Qué?

—… Este hombre me gusta.

Y la hija miró al sargento como si quisiera comérselo con los ojos.

A Guran le entró hipo de repente.

—¡Prefiero ser cazado por los indios! —aulló—. ¡Infiernos, en qué lío me he metido!

Pero no se alejó de allí.

Sabía que más allá de la ciudad —y mientras duraran las sombras de la noche— estaba la muerte.

Johnny Hart le señaló el lugar donde estaba el último de los caídos.

—Ese hombre no era un piel roja —susurró—. Hay que mirar de quién se trata.

Los dos se acercaron al cadáver, que volvieron con el pie. La luz de la luna dio de lleno en sus facciones.

Guran masculló:

—En efecto, es un hombre blanco. ¿Lo conoces? —Sí.

—¿Pertenece a la banda de McDougal?

—Exacto.

—¿Qué crees que se han propuesto esos buitres?

—Saquear toda esta zona, desde el dinero que hay en los Bancos al ganado que hay en las cuadras. Pero para eso les faltaba fuerza y han sublevado a un importante grupo de indios. Los apaches no son culpables. Son los hombres de McDougal los que tienen que ir a la horca.

—Eso se dice pronto —masculló el sargento—, pero yo no tengo hombres. Por cierto, ¿dónde se han metido? ¿Cómo no han venido ya?

Johnny temía lo peor.

—Más valdrá que revisemos los puestos —murmuró.

Los dos hombres, tras hacerse cada uno con un arma nueva, fueron a los lugares donde habían dejado a los centinelas. Pero el espectáculo que encontraron fue desolador. Hasta el de la torre

había sido degollado en silencio. Los apaches, que avanzaban descalzos entre las sombras, conocían bien su oficio.

Guran lanzó una sarta de salvajes maldiciones.

—¿Y los otros? —mascculló, cuando hubo recobrado un poco la serenidad—. ¡Había dos soldados junto a la casa en que yo estaba! ¿Dónde se han metido esos perros?

—Más vale que te olvides de ellos. Han desertado.

—¡Los malditos! ¡Si les atrapo les voy a… a…!

—Olvídate de ellos, Guran. Pensemos solamente en nuestras pieles, ya que no tenemos otras. Hemos de cambiar de táctica. No podemos seguir aquí.

El sargento Hiena asintió.

—Es cierto. Esos tipos se mueven por entre las casas igual que alimañas en cuanto llega la noche.

Nos irían cazando uno a uno. Y ahora, además, están esas malditas mujeres…

—Trataré de convencerlas para que se vayan de aquí —dijo Johnny.

—No, al menos la joven que no se vaya. Ella tiene seis mil dólares.

—Te he dicho que te olvidaras de ellos, Guran. Yo no me vendo tan barato.

Los dientes del sargento rechinaron. Sus ojos brillaron con la codicia del que nunca ha tenido un dólar y de repente ve que puede convertirse en un hombre casi rico.

—Bueno… —dijo—. Ése es un asunto que resolveremos más tarde. De momento lo único que nos interesa es salvar nuestros pellejos. ¿Qué propones tú?

—Tengo una idea de cómo actúan esos hombres.

—¿Los de McDougal?

—Sí. Los apaches no entran en las ciudades sin haber estudiado antes muy bien el plan. Lo que ocurrió en Vallecillo ocurrirá en otros sitios. Los apaches se mantienen en las colinas, donde son casi imbatibles, y mientras tanto, los hombres de McDougal entran como unos viajeros cualesquiera en la ciudad que se pretende asaltar. Están un día en ella, beben y observan. Y en un momento determinado asesinan al *sheriff* y a sus ayudantes y hacen una señal convenida a los apaches. Estos atacan y ya no hay quién resista.

Supongo que el botín se lo reparten mitad por mitad. Ésa es su táctica.

—¿Crees que la aplicarán en otros sitios?

—Estoy seguro.

—¿Dónde?

Johnny Hart vaciló un momento.

Luego se inclinó sobre el suelo arenoso de la calle, al pie del único templo de Vallecillo. La luz de la luna era lo bastante potente para que pudiesen ver con claridad. Dibujó con el dedo en el polvo un plano de la comarca.

Lo estuvo contemplando durante un rato, en especial los puntos que indicaban las distintas poblaciones.

—Atacarán aquí —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Dónde?

—En Portales.

—¿Y por qué esa ciudad y no otra?

—Porque es la que les ofrece mejores perspectivas de fuga si las cosas van mal. La situación de Portales es muy semejante a la de Vallecillo. Atacarán allí.

—¿Y qué se te ocurre hacer? —masculló el sargento Hiena—. ¿Ir a Portales, colocarnos a la entrada de la población y montar una barricada?

—No. Lo que pienso es una cosa muy distinta. ¿Qué tal disparas tú, Guran?

—Tengo buena puntería. He matado ya a tantos hombres que… Bueno, mejor no mencionarlo.

—Quiero decir en plan de pistolero.

—¿Sacando y tirando rápido?

—Sí.

El sargento Hiena dibujó en sus labios una de aquellas sonrisas que justificaban su apodo.

—Podría matarte en un momento —dijo—. Ni te darías cuenta.

—Mejor que no lo pruebes.

—¿De dónde has salido tú? ¿Qué eras antes de ahora? ¿Asesino? ¿Verdugo?

—Lo que haya pasado antes no importa. Lo único que hemos de pensar es lo que va a ocurrir a partir de mañana.

—¿Qué va a ocurrir?

—Iremos a Portales. Las mujeres se quedarán fuera de la ciudad. Tú y yo entraremos en el *saloon*. Te juro por mis antepasados que a la segunda copa ya se han presentado allí los hombres de McDougal; entonces todo consistirá en saber quién es más rápido.

—¿Piensas que si los eliminamos los apaches ya no atacarán?

—Si eliminamos a esos hijos de perra la rebelión quedará automáticamente sofocada. Los apaches por sí solos no harán nada. Volverán al seno de sus tribus.

—¿Y cuántos crees que son los hombres de McDougal?

—Es difícil calcularlo. Pero podrían ser doce o catorce.

Guran hizo un gesto de un gato que se relame los bigotes. Estaba sencillamente entusiasmado.

—¡Doce muertos! —dijo con los ojos en blanco—. ¡Nada menos que doce o catorce muertos!… —Si nos cuentan a nosotros, serán dieciséis. Guran hizo crujir los nudillos.

—¡Dieciséis muertos! —dijo, más entusiasmado todavía—. ¡Dieciséis muertos! ¿Y aún lo dudas, muchacho? ¿A qué esperamos para empezar la fiesta?…

Capítulo X

PORTALES, LA MUERTA

Sí. Podía llamársela así. Portales la muerta. No se veía ningún signo de animación en sus casas, en sus ventanas. Todo era como una serie de tumbas bajo el ciclo plomizo de la tarde.

Los dos hombres y las tres mujeres detuvieron sus caballos al bordear la colina.

Las mujeres no habían querido irse. Nora porque decía que quería ver muerto a Johnny Hart, y las otras dos porque habían jurado que nunca abandonarían a su dueña.

Se detuvieron a una media milla de la ciudad. Todo estaba tan silencioso que daba una secreta angustia. Sólo se oía de tarde en tarde el resoplido de los caballos.

Hiena masculló:

—¿Pero, qué cuerno ocurre?

—Todos los habitantes de la ciudad deben estar encerrados en sus casas. Adivinan lo que va a suceder, pero no pueden evitarlo. Y tampoco se atreven a huir porque sería peor, ¿entiendes?

El sargento se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Lo que me gustaría, para entrenarme, es encontrar a alguno de los desertores —masculló—. Te juro que iban a maldecir el día en que nacieron. Te juro que…

—No hace falta que los busques, Hiena.

—¿Qué?

—Mira.

Los ojos de halcón del joven ya habían descubierto un punto determinado a la entrada de la ciudad. Allí había una docena de

caballos sujetos a un amarradero circular. Y había también algo más.

Por entre las patas de los caballos se veían las piernas de dos hombres. Sólo un halcón podía haberlo descubierto a aquella distancia. Pero Johnny era en determinados aspectos un halcón.

—Vamos allá —dijo Hiena.

Trotaron suavemente, levantando solo unas leves nubecillas de polvo. Los ojos de los hombres estaban entornados. Sus manos cerca de los revólveres.

El silencio seguía siendo agobiante.

Y llegaba un viento leve, feo, que traía hasta ellos un espeso olor a muerte.

Johnny murmuró:

—Supongo que esto te gusta. Hiena.

—¿El qué?

—El olor a muerte.

—Me encanta… ¡Hum! Me extasía. ¡Qué aroma tan delicioso!…

—Comprendo que te agrade. Son tus propios soldados quienes lo envían.

—¿Qué quieres decir?

—Míralos mejor.

En efecto, estaba ya casi junto a los caballos. Éstos pugnaban por alejarse, pero estaban amarrados y no podían. Los dos hombres que yacían en el interior del círculo estaban cosidos a cuchilladas. Como el día había sido muy caluroso; ya empezaban a oler mal.

Eran los desertores.

Ahora sí que el sargento Hiena podía estar seguro de que no disponía ni de un solo hombre.

Pero eso no parecía importarle demasiado.

—¿De quién son esos caballos? —mascculló.

—¿No lo adivinas?

—¿La banda de McDougal?

—Exacto —dijo calmosamente Johnny—, la banda de McDougal. Esos soldados fueron a buscar refugio a Portales porque no se les ocurría ningún sitio mejor. Debieron huir durante dos días, hasta llegar aquí. Pero los hombres de McDougal les sorprendieron y no les importó que fueran desertores. Les dieron el mismo trato que nos hubieran dado a nosotros…, si hubiesen podido.

El sargento Hiena contempló a los muertos, pero sin impresionarse. Más bien la situación debía resultarle divertida. El tío empezaba a sentirse en forma otra vez.

—De modo que los hombres de McDougal han de estar aquí… —farfulló.

—Exacto. Es lo que yo suponía.

—¿Y cuántos son?

—Nada tan sencillo, Hiena. Cuenta los caballos.

El sargento los contó. La situación parecía sin preocuparle en absoluto…, a pesar de que los caballos eran ocho.

—De modo que ocho buitres —dijo—. Bueno, vamos allá.

—Antes haz testamento, Hiena.

—Lo he hecho ya. A ti te dejo los dientes para que puedan seguir mordiendo en mi lugar. Y a McDougal le dejare mi piel para que se abrigue con ella y no atrape un resfriado en la tumba. De modo que ocho tíos… Hacía años que no me divertía tanto.

Johnny Hart sonrió.

—¿Sabes una cosa, Hiena? En el fondo, para morir a tu lado, resultas un compañero divertido. Hala, vamos allá. No hay que hacer esperar a esas ocho ratas.

Iban a picar espuelas cuando Nora Donovan dijo a su espalda:

—Un momento, Johnny Hart.

—¿Qué pasa?

—Hay muchas cosas que no entiendo.

—Ya las entenderás más adelante. Cuando todo haya terminado, te escribiré una carta desde el infierno.

—Hay cosas que quiero entender ahora, no cuando tú hayas muerto.

—¿Por ejemplo?…

—¿Por qué no huyes? ¿Qué te importa a ti todo esto? Sabes que los hombres de McDougal desearán matarte dentro de unos minutos. Sabes que deseo matarte yo. ¡Que hasta desea matarte el sargento Guran! ¿Por qué no escapas de una vez? ¿Por qué no atraviesas la frontera de México? ¿Qué es lo que te retiene aquí?

Johnny no contestó en el primer momento.

Sus facciones se habían contraído. Su mirada estaba perdida en las primeras casas de Portales, como si hubiera de encontrar la respuesta allí, esculpida en la piedra.

Al fin musitó:

—Es un asunto personal.

—¿Qué clase de asunto personal?

—Yo estaba enamorado de una mujer —susurro Johnny—. Es la única vez que he estado enamorado en mi vida.

Hubo como un trémolo en los labios de Nora Donovan. Sus ojos se achicaron. Su expresión era casi dolorosa cuando preguntó:

—¿Qué ocurrió, Johnny?

—Los hombres de McDougal hicieron una *razzia* por donde ella vivía. Buscaban dinero y ganado, pero no hacían ascos si además encontraban a una mujer bonita. Laura fue obligada a ir con ellos, después de ser asesinados sus padres. A la mañana siguiente, cuando me avisaron, la encontré… Pero ya estaba muerta. Había sido asesinada en condiciones que…, que no quiero nombrar.

Sus ojos se habían entrecerrado. Su derecha acariciaba tenuemente la culata del revólver.

Luego, dijo secamente, como un latigazo:

—¡Vamos!

Los dos hombres picaron espuelas.

Y los dientes del sargento Hiena produjeron una especie de chirrido de placer.

En efecto, al penetrar en la ciudad se advertía que ésta se hallaba completamente desierta. La primera impresión no había engañado a los dos hombres. A veces, se tenía la sensación de que alguien vigilaba desde las ventanas, pero eso era todo. Por lo demás uno pensaba que estaba llegando a un cementerio.

Allí estaba el *saloon*, que tenía un gran letrero amarillo. Y de él surgían carcajadas y algunas alegres musiquillas.

Los dos hombres descabalgaron, pero no amarraron los caballos por si tenían que salir al galope. Sabían que los animales no se alejarían de allí.

Johnny entró primero.

Empujó los batientes con el pecho mientras su mirada de halcón recorría el interior de la sala.

En efecto, había allí ocho hombres bebiendo, pero ninguno de ellos era McDougal. En los labios del joven se marcó una levísima mueca de decepción. Allí estaban parte de los hombres que buscaba, pero no estaba el principal. No estaba la cabeza de la rata.

Los del interior le miraron.

No había ningún cliente más que ellos.

El dueño del *saloon* les servía aterrorizado, no osando llevarles la contraria.

Una chica tocaba el piano, mientras lanzaba gorgoritos de vez en cuando. Ella era el origen de las canciones que habían oído desde fuera. Pero estaba tan asustada que de vez en cuando lanzaba unos gallos a los que sólo les faltaban las plumas.

Detrás de Johnny entró Guran.

Su uniforme hizo que cesaran todas las conversaciones. Y que se acabaran hasta los gorgoritos de la muchacha.

Johnny dijo con la mayor tranquilidad:

—Buenas tardes, señores.

Los pistoleros estaban petrificados.

No comprendían aquella audacia. Y lo primero que se les ocurrió pensar fue que aquello era una trampa. Que había tropas fuera, o algo por el estilo.

Eso fue lo que les hizo estarse quietos, expectantes, mientras los recién llegados se dirigían a la barra.

—Buenas tardes —dijo Johnny, mirando al dueño.

—Bu… buenas tardes, señor.

—*Whisky*.

—¿Para los dos?

—Sí, pero sirva como si fuéramos cuatro.

El tabernero les sirvió. Las manos le temblaban. Johnny bebió lentamente, sin dejar de mirar a los hombres que estaban frente a él.

Guran estaba detrás suyo y le cubría la retaguardia, mientras de soslayo dirigía disimuladas miradas hacia la puerta.

Después del primer trago, Johnny dijo:

—Yo buscaba a cierto tipo. ¿Dónde está?

La pregunta iba dirigida al pistolero que estaba frente a él, el cual torció la boca.

—¿Qué tipo?

—McDougal.

—¿Por qué le buscas? ¿Quieres unirte a él?

—Sí, en un sitio.

—¿Cuál?

—El infierno.

—Dicen que se está caliente allí.

—Justo. Pero McDougal llegará allí treinta años antes que yo. Ésa es la diferencia.

Las aletas de la nariz del pistolero se dilataron un poco, mientras hacía un esfuerzo terrible para conservar la serenidad.

—Tú estás loco, forastero.

—Y tan loco, muchacho… ¡A tu salud!

Levantó otra vez el vaso de *whisky*.

Y cuando lo tuvo a la altura de sus ojos lo dejó caer a plomo. La mirada del pistolero siguió la caída de aquel pequeño objeto. No se fijó en nada más, y especialmente no se fijó en que la mano de Johnny volaba hacia el revólver.

La detonación ensordeció a todos los que estaban en el *saloon*. Había sido tan repentina que tuvieron una crispación nerviosa.

Incluso el pistolero que estaba al fondo, el cual sacaba el revólver ya y había sido causa de que Johnny decidiera precipitar los acontecimientos.

Aquel pistolero se encogió trágicamente. Disparó al suelo dos veces. Pero la bala de Johnny ya le había alcanzado en el corazón y le hizo estrellarse contra la barra.

Mientras tanto los otros ya se habían puesto en movimiento.

Eran siete contra dos. A pesar de la baja que acababan de sufrir, conservaban una abrumadora superioridad. Los dos forasteros estaban locos si pensaban sacar algo positivo de allí. Lo único que lograrían sería dejarse la piel.

Pero Guran se había encontrado ya antes en muchas situaciones semejantes. Desde que se enroló en la Caballería como simple corneta, siempre había luchado contra cinco o seis hombres a la vez. Y en cuanto a Johnny Hart, ¿qué podían explicarle?

Los dos hombres saltaron hacia la puerta, dejando entre ellos y sus enemigos una línea de mesas Las balas las hicieron bailar. Fue Johnny el que saltó detrás del piano.

Éste pareció brincar.

Dio la sensación de que el piano iba a encaramarse sobre el escenario.

Johnny disparó peinando las teclas.

Se produjo un extraño trémolo Un trémolo musical que terminó

en un aullido de muerte.

Otro de los pistoleros había sido alcanzado mortalmente. Saltó, resbaló sobre la tabla y cayó al otro lado.

Mientras tanto Guran había disparado también, protegiéndose tras las mesas. Enviaba las balas rasantes. Otro de los pistoleros fue alcanzado en el fémur y cayó dando una voltereta, mientras el terrible dolor le hacía perder el sentido.

Johnny había volcado el piano.

Uno de los pistoleros saltó hacia atrás para no ser aplastado por el mueble. Pero cuando cayó al suelo ya no pudo moverse más. Había quedado al descubierto y una bala le acababa de atravesar la cabeza.

Los pistoleros de McDougal nunca se habían encontrado con dos diablos semejantes. Su movilidad era asombrosa. Llegó un momento en que no sabían dónde estaban. Todos se arremolinaron en la barra para protegerse allí. Pero las balas cruzadas de sus dos enemigos eran implacables.

Johnny Hart estaba muy bien protegido tras el piano, mientras que Guran disparaba tras una pila de mesas. Los pistoleros saltaron al otro lado de la barra. Dos de ellos quedaron en el sitio, extrañamente rígidos, mientras sus facciones se cubrían de sangre.

Era una masacre.

Los dos pistoleros acabados de llegar al *saloon* estaban actuando como dos auténticos verdugos. No perdían una bala. Su movilidad seguía siendo sencillamente pasmosa, pues lo mismo disparaban desde un lado que desde otro, manteniéndose siempre protegidos. Dos de los forajidos llegaron a la puerta, pero sólo uno consiguió salir. El otro dio una extraña voltereta y cayó al suelo, quedando cruzado en el umbral. El que estaba fuera lanzó un aullido.

Acababa de tropezar con una mujer.

¿Pero era una mujer?

¿O una montaña?

El pistolero disparó, Lo único que le importaba era huir. Vio que la mujer se estremecía, alcanzada mortalmente.

Pero no se estuvo quieta. Llevaba en la derecha una botella rota en parte. Las aristas de cristal se clavaron salvajemente en el cuello de su enemigo.

Los dos cayeron uno sobre otro. Si el forajido no estaba muerto

al tocar las tablas del porche, lo estuvo al desplomarse la mujer encima suyo. Los otros saltaban por las ventanas de la manera que podían. Sólo uno consiguió huir.

Johnny apareció por detrás del piano, mientras recargaba el revólver. Guran sólo había sido rozado por una bala. Aunque sangraba, tenía la boca entreabierta en una mueca de placer. Estaba disfrutando más que en cualquier otro momento de su vida.

Miró a los caídos.

Uno de ellos se acercaba aún, intentando recuperar el revólver. Guran lo despeinó de un balazo a la cabeza.

Johnny guardó el revólver.

El olor a pólvora llenaba el local. Con la mirada Johnny contó los muertos.

Eran seis dentro. Y por debajo de los batientes se veían los pies de otro, el que estaba muerto fuera.

Guran masculló:

—¿Y esto era la banda de McDougal?

—No la hemos aniquilado aún. No seas ingenuo. Por lo menos quedan siete hombres más.

—¿Pero dónde están? ¿Dónde? ¡Que me los traigan! ¡Es ahora cuando empiezo a animarme!

—No volveremos a sorprenderlos, Guran. Ahora nos atacarán con los apaches, sus aliados. No habiendo matado a McDougal, es poco lo que hemos conseguido.

Guran se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No deben estar lejos. Vamos a por ellos. El tipo que ha huido nos llevará a donde está su jefe.

Johnny reconoció que era una buena idea. Aún estaban a tiempo de seguir al fugitivo.

Salieron los dos.

Pero en aquel momento vio un espectáculo que le hizo detenerse, como si le hubieran clavado los pies en el suelo. Nora, arrodillada en el porche, lloraba silenciosamente. De las dos gigantescas mujeres, una estaba muerta. Era la mayor. La otra, la joven, lo contemplaba todo con estupor, como si aún no lo creyese.

Johnny se apoyó en una de las jambas de la puerta.

Contemplaba a Nora como si no la hubiese visto nunca aún. Contemplaba a aquella mujer arrodillada, humilde, que había

dejado todo su orgullo para llorar como una niña. Contemplaba a aquella mujer que parecía tan distinta.

Bisbiseó:

—Para ti era algo así como tu madre, ¿verdad?

—Ella me tuvo en sus brazos cuando nací —dijo Nora—. A pesar de sus… bueno, de sus enormes dimensiones y de su terrible fuerza, era entonces una mujer muy bonita. Como lo es ahora Carola.

Y señaló a la hija, que aún seguía mirándolo todo con expresión de incredulidad y de estupor.

—Nunca tuve una amiga como ella —siguió Nora con un soplo de voz—. Nadie me comprendió tan bien, a pesar de nuestra diferencia de edad. En los momentos difíciles, cuando yo quedé sola en el rancho, fue ella la que me apoyó. Sin su ayuda no hubiera podido salir adelante. En el rancho llegamos a ser todos como hermanos, llegamos a ser como una gran familia. Por eso los aprecio tanto y, por eso, me revuelvo contra cualquiera que les haga daño.

—Que les haga daño como yo, ¿verdad? —susurró Johnny.

Ella no contestó.

Sus ojos parecían haberse secado.

Su boca, torcida en una mueca, reflejaba un patético dolor.

Y sin embargo, Johnny pensó que seguía estando bonita. Que quizá estaba más bonita que en cualquier otro momento de su vida.

Cerró un momento los ojos, como queriendo borrar sus pensamientos.

—Tenemos que seguir a un hombre —musitó luego—. Sólo él puede llevarnos a donde está el resto de la banda de McDougal.

Guran musitó:

—Sí, hemos de seguirlo. Es nuestra única oportunidad.

Y movió la mano derecha velozmente. Todo su cuerpo se contrajo. Parecía como si acabara de recibir la picadura de una víbora.

Una lengua de fuego pareció brotar de sus mismos dedos.

Y simultáneamente, en lo alto de uno de los tejados, se escuchó un alarido.

Un hombre que estaba apostado allí, dispuesto a disparar con su revólver, cayó a la calle, donde formó una nube de polvo.

Johnny le reconoció. Era el que acababa de huir del *saloon*. Era

hasta el momento el único fugitivo de la banda de McDougal.

El sargento Hiena masculló:

—Lo siento. Hemos perdido nuestra oportunidad. Ya no podremos sorprender a esa maldita banda.

—¿Cómo lo has visto?

—Yo también tengo ojos de serpiente, muchacho.

—Pero por la posición en que se hallaba debía apuntarme a mí, no a ti —murmuró Johnny.

—Justamente.

—Te convenía dejar que me matara. Nora te hubiese pagado igualmente los cinco mil dólares y tú hubieses tenido una oportunidad para retirarte dignamente y encima con dinero. Nadie podría reprocharte el que escaparas de esta maldita zona después de perder todos tus hombres en ella y sobre todo después de haberlos vengado.

El sargento Hiena bizqueó.

—¿Quieres que te diga dos cosas, Johnny?

—Dilas.

—Primera, me cisco en tus narices.

—Di la segunda.

—Segunda: A pesar de todo, no se conocen a muchos fulanos como tú. Sabes pelear, y además lo haces cara a cara. Cuando te mate, quiero que sea peleando de verdad. No consentiré que ningún sucio traidor te despache.

Johnny sonrió.

Su sonrisa era cuadrada. Fría.

Pero a pesar de todo se entendió perfectamente lo que para él valía El sargento Hiena.

—Vamos a enterrar a esta mujer —musitó al cabo de unos instantes—. Vamos… Es urgente.

Y entre los dos fueron a levantar el cadáver, pero la verdad fue que les costó lo suyo. Fue Carola, la hija de la muerta, la que les ayudó.

Y se colocó al lado de Guran. El sargento Hiena pensó que aquello no era casualidad.

Ya había notado las miradas incendiarias que Carola le enviaba de vez en cuando.

—Johnny —dijo, creyendo que Carola no le entendería—.

¡Johnny, yo deserto!

Pero Carola mascculló:

—¡Tú te callas!…

CAPÍTULO XI

¡HASTA EL FIN!

La noche había caído sobre Portales.

La pequeña ciudad tenía un aspecto fantasmal con sus casas blancas que parecían flotar entre las sombras. El silencio llegaba a ser agobiante, espeso. La soledad era como una cosa sólida que parecía poder palparse.

Desde la colina arenosa en que habían improvisado el cementerio, Guran contempló el avanzar de las sombras. Y con una sonrisa helada musitó:

—Es extraño, realmente extraño.

—¿A qué te refieres?

—A los habitantes de esa ciudad. No han salido de sus cuchitriles a pesar de haber visto que gran parte de la banda de McDougal era eliminada. Yo no lo entiendo. Jamás he visto una pandilla de cobardes más grande, una pandilla de cobardes más asquerosa.

—No lo son tanto como a ti te parece. Todo tiene su explicación.

—¿Sí?

—Ellos saben que el resto de la banda de McDougal está cerca, y temen una represalia. Temen igualmente a los apaches. Juraría que hay un centenar de ellos a menos de dos millas de aquí. Por eso, los habitantes de Portales están quietos y apuntando con los rifles detrás de las ventanas. Saben que esto no ha hecho más que empezar.

Guran escupió al aire.

—¿Y nosotros? ¿Qué cuerno hacemos?

—Hemos de esperar. No podemos atacar a ciegas. Habrá que esperar a que ellos lo hagan.

—¡Pues sí que es un panorama!

—Pero no les esperaremos como dos tontos, dejándoles la iniciativa. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Podré conseguir aquí unos cuantos barriles de pólvora y un uniforme militar?

—Los barriles de pólvora los encontraremos en la armería, donde no debe haber nadie a estas horas. Y en cuanto al uniforme militar, puede servirte el mío. Yo me vestiré con ropa de vaquero, que puedo encontrar en cualquier parte, aunque, la verdad, no me hace maldita la gracia el que me maten sin el uniforme.

—Deberás hacerlo. Es nuestra única oportunidad.

—¿Cuál es tu plan? Explícamelo de una maldita vez.

—Aprovecharemos a alguno de los muertos que hay en el *saloon* para vestirlo con tu uniforme. Lo colocaremos de forma que parezca que está sentado y bebiendo. Ellos le verán cuando se acerquen más a la ciudad. Yo arreglaré las cosas de modo que, cuando inicien el asalto, parezca que desde las ventanas del *saloon* contestan al fuego. Mientras tanto, les acribillaré por la espalda. Pero unos cuantos forajidos lograrán entrar; tal vez el grueso de la banda. Entonces les prepararé la sorpresa.

—¿Qué harás? ¿Volar el *saloon*?

—Justamente. Con ellos dentro.

Guran recapacitó sobre la idea. Y no le pareció descabellada, puesto que movió la cabeza afirmativamente un par de veces.

—De acuerdo —dijo—. ¿Y las mujeres? ¿Se van a quedar mientras tanto aquí?

—No creo que corran ningún peligro.

Johnny dio unos pasos hacia atrás. Las dos mujeres estaban quietas, en pie, al borde de la tumba. Sus rostros eran apenas como manchas en la penumbra. Sus pies se hundían en la arena de la colina, una extraña y sucia arena color ceniza.

Johnny musitó:

—Nora…

Ella alzó los ojos, interrogativamente, pero sin llegar a despegar los labios.

—Es posible que no volvamos a vernos —dijo Johnny—. Guran y yo vamos a tener un trabajo muy desagradable. Si me matan, entrega los cinco mil dólares a cualquier hospital o a cualquier escuela gratuita. Si vivo, me entregaré a la justicia.

—¿Vas a entregarte al *sheriff*? ¿Y por qué?

—Porque no tengo miedo de lo que pueda suceder. Yo no maté a aquel hombre. Alguien lo preparó todo para que pareciese un crimen, pero realmente no lo fue.

—¿Entonces por qué huiste?

—Fue culpa tuya. Tú complicaste las cosas con tu presencia. Tú podías haber hecho que la justicia no fuera imparcial, y por eso escapé entonces.

Nora hundió la cabeza. Parecía comprender que él decía la verdad. Sus ojos se clavaron en la arena gris de aquella colina, la maldita colina donde tal vez iba a morir.

—Pero no te lo reprocho —murmuró Johnny, con voz mucho más suave—. Comprendo que las apariencias son las apariencias. Y ahora, prométeme una sola cosa.

—Te la prometo por anticipado, Johnny.

—Es algo muy sencillo: no os mováis de aquí. Al pie de la colina hay unos cañaverales donde podéis ocultaros. Suceda lo que suceda, debéis pasar desapercibidas. Es posible que todo esto se llene de apaches dentro de una hora.

—Está bien, Johnny.

Guran señaló con el mentón a Carola y bisbiseó:

—¿Tú crees que ésa pasará desapercibida? En el sitio donde ella se esconda creerán que ha nacido una montaña…

—Pues pobre del que se acerque…

Carola, que les estaba mirando a los dos, murmuró:

—¿Qué decís?

—Nada, nada…

Y Johnny dirigió a las dos mujeres una sonrisa, mientras alzaba la mano a manera de despedida. Ambos descendieron a pie la colina.

Seguían envueltos por el silencio más absoluto, y en la ciudad no se distinguían más luces que las del *saloon*. Johnny recordaba que estaban encendidas cuando ellos entraron, pese a ser sólo medía tarde. Ahora eran como una llamada a través de las tinieblas.

Johnny Hart sintió que se le había secado la boca.

Si aquello fallaba, fallaría todo. Eran dos hombres solos contra al menos ocho forajidos y una legión de apaches. Si tenían que enfrentarse a un asalto en regla, no habría ya quien los salvase.

Curan insistió en algo que ya había dicho tiempo atrás:

—¿Por qué no me dejas todo esto a mí? Tú eres un paisano. Lárgate de una vez y salva la piel.

—Ya te he dicho que era un asunto personal. No estaré tranquilo hasta que vea a McDougal muerto.

—O hasta que McDougal te vea muerto a ti…

Johnny no contestó.

Llegaban al *saloon*.

Y penetraron en él agazapados y rápidos como liebres, para no ser vistos por si alguien estaba vigilando aquello a distancia.

Los forajidos muertos aún estaban allí. Al menos a dos de ellos les sentaría bien el uniforme de Guran. Éste se puso a desnudar al que tenía más cerca, aprovechando que aún no había empezado la rigidez cadavérica. Mientras tanto Johnny, en las dependencias del *saloon*, buscaba algún armario donde hubiese ropas de vaquero. No le fue difícil encontrarlas, y volvió con ellas al cabo de unos minutos.

—Toma, Curan, cámbiate. Pero no lo hagas delante de las ventanas.

—¿Lo dices por si se enamora de mí alguna chica?

—Lo digo porque si te ven la calva creerán que ha salido la luna.

Guran fue a decir algo, pero al fin optó por callarse. Se cambió en unos instantes en tanto Johnny, valiéndose de una mecha que había encontrado, unía más de veinte balas de revólver, que distribuyó en los alféizares de las dos ventanas. Las balas las espolvoreó muy bien con pólvora que extrajo de unos cuantos cartuchos más.

Guran, que ya había terminado de cambiarse, presenciaba con atención la última fase de aquellos preparativos.

—¿Qué tratas de hacer?

—Esta mecha es muy larga —explicó Johnny—. Tú estarás en la parte trasera del *saloon*, a unas veinte yardas. Creo que la mecha llegará. Cuando el ataque vaya a empezar, la enciendes. El fuego llegará hasta esos proyectiles bañados en pólvora, que arderán. La

temperatura hará que los proyectiles estallen uno tras otro, dando desde fuera la sensación de que alguien responde al fuego. Me bastará con que esa ilusión dure un par de minutos; es el tiempo que necesitarán los hombres de McDougal para llegar hasta aquí.

—¿Y el muerto? No se va a estar quieto mientras le zumban por todas partes… Ellos han de tomarlo por un vivo.

—Claro que sí. Le ataremos una cuerda al tobillo, de la cual tú tirarás a los primeros disparos. El muerto caerá y los de McDougal creerán que le han dado. Pensarán que soy yo el que sigo resistiendo desde dentro, y cuando esos cartuchos que he dispuesto se hayan acabado, creerán que yo estoy listo también. Entonces entrarán en tromba… y ye haré estallar el *saloon*.

—Es una buena idea, pero ahora necesitamos la pólvora. ¿Dónde está la armería?

—Creo haberla visto unas cuantas casas más allá, a la derecha.

—¿Cuántos barriles necesitaremos?

—Tres. Yo me encargaré de traerlos mientras tú levantas unas tablas y los colocas debajo. Luego, las vuelves a situar bien, de manera que no se note la trampa al primer golpe de vista.

—De acuerdo, Johnny.

El joven salió.

Efectivamente, la armería estaba en el sitio previsto. Penetró en ella rompiendo el cristal del escaparate. Miró en torno suyo. Era posible que dentro en la trastienda, hubiera alguien, pero en la parte exterior del establecimiento no aparecía nadie. El joven penetró en un pequeño almacén que había a la derecha de la entrada. Como el armero fabricaba él mismo las municiones, tenía allí varios barriles de pólvora. Johnny cargó dos, uno bajo cada brazo a pesar de su considerable peso, y volvió a salir regresando al *saloon*. Guran ya había levantado una buena porción de tablas.

—Traeré dos barriles más —dijo Johnny.

Hizo otro viaje y colocó bien la carga. Todos los hierros y botellas que había en el establecimiento fueron bien apelmazados encima para que sirvieran de metralla. La mecha también fue colocada en uno de los barriles, bien atado a los demás para que formara como una sola carga explosiva.

—Ya estamos, Guran. Ahora…, ¡adelante!

Sólo faltaba atar una cuerda al tobillo del muerto, cosa que

hicieron con facilidad. Entonces se dispusieron a alejarse cada uno por su lado. Se miraron a los ojos.

—Suerte.

—Suerte…

—Es posible que nos veamos en el infierno.

—Pero al menos haremos que esos tipos nos acompañen —remachó el sargento Hiena.

Y se separaron. Pero cuando ya estaba en la calle, Johnny volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó el otro, desde el lado opuesto.

—¿Y lo preguntas? ¡El muerto no es calvo! ¡Nos habíamos olvidado de ponerle un sombrero encima!

Guran emitió una risita silenciosa.

—Es cierto —dijo—. Lo había olvidado.

Puso un sombrero sobre la cabeza del muerto —precisamente el sombrero militar que se había quitado él—, y él se encasquetó el de uno de los difuntos, tapándose la llamativa calva, mientras susurraba:

—Eclipse de luna…

CAPÍTULO XII

WHISKY PARA LOS MUERTOS

Los dos salieron, uno por cada lado. Primero lo hizo Guran, mientras Johnny Hart vigilaba, desde el umbral de la puerta delantera. Cuando le vio desaparecer, se dispuso a alejarse él también, para pasar con la mecha al otro lado de la calle. Todo estaba tranquilo y en silencio. Aparentemente la trampa iba a resultar como ellos esperaban.

Pero mientras retrocedía, le pareció oír una entrecortada respiración a su espalda.

Sus reflejos funcionaron. Ni siquiera llegó a pensar lo que hacía. Se volvió con la rapidez del rayo mientras giraba sobre las tablas.

El *tomahawk* se clavó salvajemente en éstas. Si llega a alcanzarle como el apache pretendía, le parte la columna vertebral en dos. Johnny disparó ambas piernas a la vez, pues por nada del mundo quería hacer ruido. Falló y quedó en situación comprometida, mientras el apache alzaba el *tomahawk* de nuevo.

Johnny volvió a girar.

Se movía con la velocidad de una ardilla. No pudo evitar, de todos modos, que la hoja de acero se le llevara por delante parte de la manga de la camisa, una buena porción de piel saltase y un chorro de sangre. El dolor hizo que el joven se encogiera instintivamente.

Pero no era eso lo peor. Lo peor era que otro apache cruzaba corriendo la calle, con la rapidez y el silencio de un gato.

Por lo visto los indios estaban entrando ya en la población, precediendo a los hombres de McDougal. Pero por el momento lo

hacían en plan de patrulla y para explorar. La gran masa de los asaltantes vendría minutos más tarde.

Johnny tropezó con la pared.

Él estaba en tierra, y el apache se hallaba de pie ante él. Se lanzó de nuevo, dispuesto a hundirle el cráneo esta vez. Y Johnny disparó de nuevo ambas piernas, sabiendo que si ahora fallaba, fallaba para siempre.

Se oyó un chasquido. Las dos botas habían alcanzado de lleno la mandíbula del apache, que cayó hacia atrás con un gruñido de dolor. Pero el otro ya estaba encima.

Y éste traía un machete mexicano. Trazó dos cortes en el aire, intentando atrapar en medio el cuerpo de Johnny Hart.

Pero éste ya había saltado desde el porche a la calle, dando una vuelta de campana sobre sí mismo poniéndose en pie de un salto.

Fueron dos los que vinieron ahora contra él, porque el de los golpes en la mandíbula ya se había recuperado.

Los apaches también obraban en silencio porque no sabían lo que iban a encontrar en la ciudad y no querían llamar la atención. Johnny sacó el revólver y lo lanzó a la cara de uno de ellos, frenándole en seco.

Claro que aquel frenazo sólo iba a durar unos segundos.

Pero era lo suficiente para que Johnny Hart pudiera enfrentarse al segundo enemigo, el del machete, que ya estaba sobre él. Flexionó sus rodillas, y el apache segó el aire de nuevo. La hoja de acero pasó dos veces por encima de la cabeza de Johnny, produciendo un «Ssssssggg», «Ssssssggg» siniestro. Johnny, acuclillado como estaba, disparó sus dos puños a la vez contra el estómago del piel roja.

Éste se encogió. Nunca había recibido unos impactos tan duros. El machete casi resbaló de entre sus dedos.

Y entonces vino lo peor.

El terrible gancho le alcanzó de lleno en la mandíbula, haciendo que sus huesos crujieran. Cayó hacia atrás con los brazos en cruz, en un espectacular K.

O. Johnny

Hart comprendió que ya no se levantaría, al menos en diez minutos.

Recogió el propio machete de su enemigo y aguardó la embestida del otro, que ya venía lanzado.

El dolor hizo que el apache quedara mudo.

Se detuvo en seco.

La punta del machete le había penetrado por entre las costillas, llegando al corazón. El piel roja se llevó las manos a la cara, se tambaleó y acabó cayendo pesadamente a tierra.

Johnny miró en torno suyo.

No aparecían más enemigos.

El del puñetazo en la mandíbula aún no se había recuperado. Por el momento no tenía que pensar en él.

Pero en aquel momento algo brilló en el aire.

Era la hoja de un cuchillo con mango de plomo, de los que se emplean para el lanzamiento.

Johnny se inclinó instintivamente, pensando que iba a por él. Pero la hoja se clavó a una yarda de distancia. Se clavó tremolante en el cuerpo del apache que estaba sin sentido.

Johnny se volvió hacia el lugar del lanzamiento.

Estaba lívido.

Y entonces vio aparecer aquella silueta entre las tinieblas. Era la silueta de un hombre blanco que además iba bien vestido. Una sonrisa sardónica y fría flotaba en su rostro. Era joven. Quizá de la misma edad que Johnny Hart. Pero estaba algo grueso y denotaba en su aspecto que no había vivido en la pradera, sino en las ciudades, y además en algún sitio cómodo, de los que no exigen esfuerzo.

Johnny susurró:

—Edgar…

—Hola, Johnny.

—No imaginaba que estuvieras aquí.

—¿Te extraña? —preguntó Edgar, riendo socarronamente—. ¿Tanto te sorprende el que te haya seguido?

—No, en realidad no debería sorprenderme.

Edgar se acercó a él.

—En realidad —dijo—, te estoy siguiendo desde hace mucho tiempo.

—Lo sé.

—No eres más que un cerdo, Johnny. Un pobre cerdo.

Johnny difícilmente hubiera soportado aquellas palabras en otro momento de su vida.

Pero ahora se aguantó.

—Un cerdo y un cobarde —dijo Edgar—. Eso. Un cerdo y un cobarde.

También Johnny se aguantó.

Lo único que dijo fue:

—No tenías necesidad de matar a ese indio. Estaba sin sentido. No era un problema.

—Quería que nos dejase tranquilos —masculló Edgar—. Además, ¿qué importa un indio menos en esta tierra?

Johnny tragó saliva.

—No quiero verte, Edgar. Vete al infierno.

—En cambio yo quiero verte a ti. Tiene gracia, ¿eh?

—Quieres verme ahorcado.

Edgar volvió a reír silenciosamente.

—¿Y por qué no? Pero antes quiero hablar contigo. Quiero pedirte una sola cosa.

—¿El qué?

—El testamento.

—No hay inconveniente. Voy a dártelo ahora, Edgar. Y te lo hubiese dado, caso de pedírmelo antes.

—Hum… Claro que te lo hubiese pedido. Pero resultabas un tipo difícil de localizar. No sé por qué estabas siempre viajando como un cuatrero. Un hombre que tiene tanto dinero como tú…

Johnny parpadeó.

—Por eso quieres matarme, ¿no? Para que sea tuyo.

—Justo —musitó Edgar, entre dientes—. Para que sea mío…

Johnny introdujo la derecha en uno de los bolsillos de su camisa y fue a tender a su interlocutor un papel que estaba envuelto en un pedazo de hule y sujeto todo por una goma.

Edgar fue a tomarlo.

Pero ninguno de los dos llegó a tiempo.

Porque en aquel momento oyeron el galope de varios caballos que se acercaban al *saloon*. No podían ser más que los hombres de McDougal. Y los hombres de McDougal arrasaban todo lo que tenían por delante.

Eso significaba que, si los veían, iban a cargárselos a los dos.

Edgar debía conocer la situación, porque palideció como un cadáver. Dio un salto hacia atrás mientras balbucía:

—¡Malditos!…

No pudo tocar el papel que Johnny le tendía. Inmediatamente desapareció entre las sombras. Y el propio Johnny tuvo también que saltar hacia ellas, porque los hombres de McDougal estaban prácticamente encima.

Tiró de la mecha y desapareció.

Quedó agazapado en el porche de la casa frontera:

Vio que, en efecto, eran seis los jinetes que se acercaban allí. Todos iban vestidos de una forma bastante similar, con camisas azules y sombreros negros. No les faltaban ni siquiera rifles. Pero Johnny no reconoció entre ellos a McDougal.

Lanzó una maldición.

Uno de los pistoleros gritó entonces.

—¡Eh, muchachos!

Señalaba al muerto sentado ante una mesa, y que a aquella distancia confundían con un sargento vivo.

Todos sacaron sus revólveres.

—¡Acribilladlo!

Una descarga cerrada se abatió sobre el que ellos creían el sargento Guran, Y el muerto cayó desplomado desde la silla, en parte por el empuje de las balas y en parte porque el sargento, desde el otro lado, debió tirar oportunamente de la cuerda.

Uno de los pistoleros gritó:

—¡No hay nadie más!

—¡De todos modos hemos de estar seguros! ¡Entremos!

Johnny bisbiseó:

—Sí, amigos, vais a entrar. Pero en la tumba.

Y descargó el revólver, enviando las balas en forma de abanico.

Caso de ser de día quizá hubiera matado a los seis hombres, pero entre las sombras no los veía bien. Eso hizo que sólo dos saltaran de sus caballos, lanzando alaridos de dolor. Y los otros también dejaron de un brinco las sillas, pero sin ser alcanzados por las balas.

—¡Es una trampa!

—¡Hay que replegarse!

—¡Cuidado!

A Johnny le interesaba ahora que creyeran que alguien disparaba desde el *saloon*. Encendió la mecha que conectaba con las balas.

El fuego corrió de un lado a otro de la calle.

Pero como la mecha no iba en línea recta y pasaba por detrás de unos toneles, los forajidos no vieron la chisporroteante llamita. De pronto, cuando estaban acribillándolo todo, alguien pareció responder al fuego desde el interior del *saloon*.

La pólvora se encendía en torno a los cartuchos. Éstos estallaban y enviaban las balas sin dirección, pero haciendo el ruido suficiente para que pareciese que allí había al menos un par de enemigos emboscados.

Los cuatro hombres de McDougal se pegaron al terreno, procurando pasar inadvertidos. Ahora ni siquiera se atrevían a disparar. Uno de ellos levantó la cabeza, para escrutarlo todo, y Johnny se la llevó por delante de un balazo.

Quedaban tres.

Bueno, en teoría.

Porque enseguida, Johnny Hart vio aparecer varias sombras algo más claras. Al menos cinco apaches habían llegado junto a los forajidos. Ahora, entre todos, formaban una tropa más que respetable.

Claro que si entraban en el *saloon*, iban listos.

«Cuantos más, mejor», pensó Johnny.

Irían a por *whisky* y se encontrarían en el infierno.

Mientras tanto, los disparos desde el *saloon* habían cesado. Era lógico, porque las balas habían llegado a su fin.

Los pistoleros se confiaron, pero no en exceso. Tiraron como diablos, acribillando puertas y ventanas.

Johnny ya no se movía.

Era mejor que no advirtieran su presencia. ¿Para qué apretar el gatillo si podía matarlos a todos sólo con encender una mecha?

En aquel momento oyó un roce junto a él.

Se volvió violentamente, con el revólver en la mano, encañonando hacia las sombras.

Pero no disparó. No hubiera podido hacerlo.

La que estaba junto a él, agazapada, era nada menos que Nora Donovan.

—¡Nora! —bisbiseó—. ¿Pero qué haces aquí? ¿Estás loca?

—No podía permanecer allí sola. Los nervios me devoraban. He pensado que vendrías aquí y…

—¿Qué quieres? ¿Que los apaches te arranquen la cabellera después de hacer contigo lo que les venga en gana?

—No me atraparán. Al menos, no me atraparán viva. Llevo un revólver.

—Es un triste consuelo pensar que te tengas que volar el cráneo por no haber sabido estarte quieta…

—Johnny… Es que además necesitaba hablar contigo.

—¿Ahora?

—Siempre es tarde cuando una piensa que en el minuto siguiente puede estar muerta.

—Cualquier cosa que sea me la podrás decir más adelante. O, mejor, olvídalo.

Ella se mordió el labio inferior.

Los disparos atronaban el aire.

Antes de lanzarse al asalto, los apaches y los forajidos de McDougal se aseguraban bien y lo cribaban todo. Ni un centímetro del *saloon* quedaba sin recibir su correspondiente bala. Johnny sonrió, porque había protegido la mecha con las sillas y las mesas. Ninguna bala podría alcanzarla ni partirla.

Nora se dio cuenta de que él no la miraba, y quizá fue eso lo que la animó para seguir.

—Estás obrando desinteresadamente, Johnny. Y un hombre que obra como tú no puede ser un asesino. Es eso lo que te quería decir.

—Podías haberlo pensado antes, muñeca.

Ella pasó por alto la observación.

—Pero hay cosas en ti que no entiendo. Te he visto portarte una docena de veces como un valiente. Y ahora, sin embargo…

Johnny la miró de soslayo.

—¿Qué?

—He oído que un hombre te llamaba cerdo. Que te insultaba de un modo que nadie hubiese soportado. Y tú has guardado silencio como si fueras un cordero. Como si fueras un cobarde. ¿Por qué?…

Johnny no respondió en el primer momento.

También se había mordido el labio inferior. Se lo había mordido con rabia, hasta hacerse en él unas gotitas de sangre.

—Eso pertenece a mi pasado —dijo.

—¿Qué pasado?

—¡A nadie le importa!

—Johnny, dentro de unos minutos podemos haber muerto los dos —susurró ella casi a su oído—. No me dejes con la sensación de que eres un cobarde. Dime la verdad.

—Ese hombre al que has oído hablar es… mi hermano.

Nora parpadeó.

Pocas cosas podían haberle causado tanta sorpresa como aquello. No entendía las palabras de Johnny.

—No sabía que tuvieras hermanos —musitó—. Además, no os parecéis absolutamente en nada.

—Es que me he expresado mal. No es mi hermano, sino mi hermanastro.

Las mujeres siempre quieren saberlo todo. Todo absolutamente, hasta el fondo mismo de las cuestiones. Y por eso, Nora preguntó:

—¿Quién se casó dos veces? ¿Tu padre o tu madre?

—Fue mi madre. La historia es curiosa, ¿sabes? Papá era un ranchero modesto, pero cierta noche ganó doscientos mil dólares al póquer. Los llevó al rancho y aquella misma noche lo asesinaron.

Los disparos en torno a ellos habían disminuido en intensidad. Los hombres de McDougal estaban convencidos de haber eliminado a cualquier enemigo que hubiese en el *saloon*, y ahora disparaban con más parsimonia. Johnny aprovechó una leve pausa para murmurar:

—Yo maté al día siguiente al asesino de mi padre, pero las cosas no quedaron demasiado claras y hube de huir durante casi un año, hasta que el *sheriff* quiso admitir que aquello no había sido un asesinato. Cuando regresé, ya me encontré a mi madre casada con un pistolero.

—¿Por qué? ¿Es que ya se había olvidado de tu padre?

—No, no era eso. Pero se trataba de una mujer todavía bonita y encima con doscientos mil dólares guardados. Imagina lo que era su vida mientras estuvo sola. La acosaban continuamente, le hacían las proposiciones más vergonzosas, trataban de asesinarla y robarle… Hasta que un día un pistolero la defendió. El padre de Edgar también era viudo y se había comportado siempre como un hombre honrado. Después de defenderla y de matar a los dos hombres que la estaban acosando, quiso marcharse sin pedir nada a cambio. Pero mi madre estaba ya demasiado aterrorizada, demasiado desmoralizada… Le pidió que se quedase. Un par de días después se

casaban.

—Comprendo.

—Mamá siempre pensó que obraba bien. Siempre pensó que Edgar y yo nos entenderíamos, puesto que éramos más o menos de la misma edad. Pero, a diferencia de su padre, Edgar era un canalla. Siempre estaba pidiendo los doscientos mil dólares para sus gastos con mujeres y sus deudas de juego. Cuando mi madre y mi padrastro murieron en el asalto a una diligencia en que viajaban, lo primero que hizo Edgar, después del funeral, fue intentar llevarse el dinero del Banco. Pero allí le dijeron, como es natural, que necesitaban el testamento acreditando que él era el heredero. Vino a casa y me pidió el testamento a mí. Pensaba que yo lo tenía. Pero yo ni lo tenía ni sabía qué notario podía haberlo hecho. Lo único que sabíamos los dos era que mamá no repartía el dinero entre los dos, sino que dejaba el dinero a uno solo.

—A ti, naturalmente.

Johnny no contestó directamente, pero siguió explicando:

—Por eso Edgar quiere matarme. Una vez yo muerto, piensa lógicamente que el heredero será él, y además sabe que no he gastado ni un dólar de aquellos doscientos mil, de manera que el dinero aún está fresco e intacto. Pero no puede asesinarme, porque entonces, automáticamente, el juez le declarará culpable y anularía también sus derechos a la herencia. Tiene que elegir una solución más inteligente. Tiene que hacer que me ahorquen, por ejemplo. Por eso lo preparó todo con el asesinato de aquel hombre de tu rancho. Era una jugada ingeniosa. Yo tenía que aparecer forzosamente como culpable e ir de cabeza a la cuerda.

—¿Pero cómo ocurrió todo? ¿Es que aquel hombre no se dio cuenta de que corría peligro de ahorcarse?

—No, no se dio cuenta porque estaba drogado. Mi hermanastro había vivido un tiempo de pasar drogas a través de la frontera de México. Al advertir restos de cocaína en las fosas nasales del muerto, me di cuenta enseguida de que aquello lo había preparado él.

Nora le miró con asombro.

—¿Y tú hubieras consentido que te ahorcaran sin decir una sola palabra?

—¿Qué iba a decir? Hasta tú, que te tienes por una mujer

inteligente y honrada, hubieras querido matarme sin esperar al juicio. No me quedaba más remedio que huir y tratar de demostrar algún día que todo aquello era una miserable trampa. Ahora al menos, tú ya sabes lo ocurrido. Confío en que algún día lo sepa también el *sheriff*.

Nora, en la oscuridad, le estrechó la mano con fuerza.

Y dijo con un soplo de voz:

—Yo te ayudaré, Johnny, te ayudaré en lo que sea…

—Me temo que tu buen deseo sirva de bien poco, Nora. Si esto no sale bien, nos vamos a quedar para siempre aquí. En Portales no encontrarán ni nuestros huesos.

Y en aquel momento Johnny volvió la cabeza, extrañado.

Estaba tan acostumbrado al estruendo de los disparos que ni siquiera se había dado cuenta de que ahora el silencio era completo.

Los disparos habían cesado.

Los forajidos de McDougal y los apaches que iban con ellos se habían dado cuenta ya de que nadie respondía al fuego. Podían tranquilamente lanzarse al asalto del *saloon*, seguros de haber eliminado a todos sus enemigos.

Una voz gritó:

—¡Vamos allá!…

Johnny rascó un fósforo y encendió la mecha mientras murmuraba:

—Muy bien, amigos. No sabéis bien adonde vais a ir. Tomad… Ahí va el *whisky* para los muertos…

CAPÍTULO XIII

¡AL DIABLO CON JOHNNY HART!

También Johnny había procurado que la mecha destinada a hacer saltar los barriles pasara por sitios ocultos, de forma que los forajidos no vieran el chisporroteo de la llamita al cruzar ésta la calle.

Y, en efecto, no la vieron. Cuando todos entraron en el *saloon*, se dieron cuenta de la trampa en que habían caído. Nada de enemigos. Sólo un muerto con el uniforme de un sargento de la Caballería…, pero con la cara de uno de sus propios compañeros de la banda. Seguro que la traca de disparos que antes oyeron también había sido un truco.

Aquello les desconcertó.

Claro que no veían peligro por ninguna parte. El *saloon* era tierra conquistada. Se dispusieron a buscar alguna botella.

Johnny, mientras tanto, contaba los segundos.

En su cabeza no había más que un solo y febril pensamiento:

«¡Saltad! ¡Saltad, malditos!».

Pero nada ocurría.

Ya había transcurrido con creces el tiempo necesario para que la explosión se provocara.

Y nada.

Johnny estaba lívido.

Hasta que de pronto comprendió. De pronto comprendió que el tomahawk o el machete de sus enemigos indios debían haber cortado la mecha en uno de los golpes. Y la llamita se había extinguido al llegar al cabo roto.

Johnny ahogó una imprecación.

¡Todo se había ido al diablo!

¡Ahora no podía ni siquiera comunicar con Hiena para tratar de cambiar sus planes!

Podía huir, pero si lo hacía dejaría indefenso a su único compañero. Ya que las cosas se presentaban de aquella manera, había que actuar.

¡Y pronto!

Bisbiseó mirando a Nora:

—Aléjate de aquí. Todo nuestro plan ha fallado. Vete y escóndete en las cercanías de la ciudad si quieres seguir con vida. ¿Cómo has dicho que se llamaba tu amiguita la de los cien kilos?

—Carola.

—Pues vete con Carola lo más lejos que puedas. ¡Pronto!

Y, sin esperar la respuesta de la muchacha, se lanzó hacia adelante.

Tirotearía a todos aquellos buitres desde las ventanas del *saloon*. Le había parecido que eran nueve, entre apaches y pistoleros. Con un poco de suerte, y si Hiena, desde el otro lado, se daba cuenta de la nueva situación…

Saltó en el aire.

Y en ese momento una bala le hizo rebrincar, al rozarle la nuca. Era una bala que acababa de ser disparada por la espalda. El joven cayó de bruces en el porche, mientras alguien gritaba:

—¡Al diablo con Johnny Hart!

Era la voz de McDougal. Johnny la reconoció, pero en ese momento le acometió, extrañamente, una atroz sensación de indiferencia. No se daba cuenta de que la bala, al rozarle materialmente, le había producido un leve desvanecimiento. Y menos aún se daba cuenta de que el choque contra el porche había sido suficiente para dejar K. O. a un caballo.

Un hombre corrió hacia él desde el otro lado de la calle, con el revólver a punto, dispuesto a rematarle.

No era McDougal, sino uno de sus pistoleros. McDougal, incluso en las situaciones más fáciles, prefería asegurarse y actuar siempre desde la sombra.

Casi apoyó el revólver en la sien derecha de Johnny, que estaba prácticamente sin conocimiento. Pero en aquel momento el

pistolero lanzó un alarido, mientras rebrincaba en el aire.

Nora Donovan acababa de disparar desde las sombras. Con la primera bala le atravesó la columna vertebral. Con la segunda le perforó la cabeza por el centro.

Pero con eso se había descubierto.

Oyó unos pasos que llegaban hacia ella.

Y sus dientes crujieron mientras sentía en la sangre el frío de la muerte.

CAPÍTULO XIV

UNA MUJER PACIFICA

Estaba acorralada, y sin duda no hubiera podido salir de allí caso de no intervenir una mole humana que, sin embargo, tenía acusadas formas de mujer. Nora no la vio, pero sí el pistolero que se disponía a disparar contra la muchacha desde la esquina inmediata.

Había levantado el revólver cuando notó aquello en la cabeza.

Era como una barra de acero. Notó que le sujetaban por detrás mientras un antebrazo gigantesco trataba de estrangularle.

Intentó girar el revólver.

Y en ese momento recibió el terrible trallazo en la nuca. Para Carola fue igual que matar a una res. El pistolero resbaló de entre sus brazos, convertido en un guiñapo.

Pero otro llegaba ya.

No se atrevía a disparar porque apenas veía nada. Tropezó con las tablas del porche y de repente se encontró ante una especie de pared que le cerraba el paso.

Pero no era una pared, sino una mujer. E incluso una mujer que gustaría a más de cuatro de los que prefieren las gordas. Dos manos cayeron sobre el cuello del pistolero, que trató de alzar el revólver con un movimiento frenético.

No le sirvió de nada.

Las manos rompieron sus vértebras cervicales como el que rompe una caña seca. Su cabeza había girado terriblemente. El pistolero también cayó a tierra hecho un fardo.

Carola musitó:

—¿No hay más?

Parecía desilusionada.

Nora bisbiseó:

—¡Cuidado!…

Alguien llegaba a toda velocidad desde el otro lado de la calle. También parecía ir ciego, sin darse verdadera cuenta de lo que sucedía.

Pero sin duda era uno de los pistoleros de McDougal.

Carola preparó los puños mientras mascullaba:

—Ahora verá ése…

Y cuando lo tuvo a su alcance, en el mismísimo momento en que aquel tipo iba a doblar la esquina, disparó su brazo derecho. Fue como una catapulta. De repente se oyó un «chaaaask» y un violento crujido de huesos.

Teóricamente, aquel tipo tenía que haber acabado con la mandíbula deshecha.

Teóricamente tenía que quedar K. O.

O tal vez muerto.

Pero en lugar de eso, el tipo que llegaba se mantuvo en pie y logró incluso disparar sus dos puños.

Los dos alcanzaron de lleno a Carola, que se tambaleó.

Pero no cayó.

Nada de eso.

Para tumbar a Carola hacía falta por lo menos una locomotora.

Gruñó:

—¡Maldito!

Y como Carola, en determinados momentos, tenía voz de hombre, el otro no debió enterarse de que estaba en presencia de una mujer.

La penumbra seguía envolviéndolo todo.

No se distinguía apenas nada a dos pasos, excepto las confusas siluetas de los combatientes.

Carola disparó su puño derecho de nuevo. El chasquido que se oyó fue atroz. Seguro que el pómulo, derecho de su enemigo había salido por el lado izquierdo.

Pero el muy perro tampoco cayó. Por el contrario, contraatacó con un gancho a la mandíbula de Carola que hizo a ésta levantar los pies del suelo. Carola brincó y volvió a caer. Pero cuando puso de nuevo los pies en el suelo estaba más fuerte que nunca y con más

rabia que nunca.

Masculló:

—¡A éste lo liquido yo a mi manera!

Y sujetó a su enemigo por el cuello, dispuesta a partírselo con un solo movimiento de torsión.

Estaba muy acostumbrada a aquella «caricia», que no le fallaba nunca.

El hombre quiso escurrirse del mortal abrazo, pero no lo consiguió. Lo único que hizo, en vista de las circunstancias, fue propinar un terrible rodillazo al bajo vientre de su enemigo.

Y allí no encontró lo que creía que iba a encontrar.

Es decir, no encontró nada.

Ni su enemigo se contorsiono de dolor, como hubiera sido lo lógico. Lo único que hizo fue lanzar un gruñido y retorcerle el cuello con más fuerza.

Pero el cuello resistía.

Carola masculló:

—¡Infiernos! ¡Ni que lo tuviera de hierro!…

Y aproximo más a su cara al tipo a quien quería matar. De pronto sus facciones se contrajeron.

Gruñó:

—¡Imposible! ¡Es Guran!

Y Guran masculló:

—¡Increíble! ¡Es Carola!

Y la verdad fue que aquello pareció asustarle más que si estuviera en manos del propio McDougal. Por lo pronto intentó desembarazarse del abrazo femenino, pero ella no lo permitió. Atrajo hacia sí al sargento Hiena mientras murmuraba:

—¡Por cien mil huevos de buitre! ¿Qué haces vestido así? ¿Dónde está tu precioso uniforme?

—¿Precioso? ¿Llamas precioso a aquel pingajo con unos galones cosidos?

—¿Pero dónde está?

—Se lo he tenido que prestar a un muerto. Y yo he tenido que ponerme las primeras ropas vaqueras que he encontrado.

—¿Y de dónde sales?

—Estaba apostado en la otra parte del *saloon*, pero he venido hacia aquí porque me ha parecido que Johnny necesitaba ayuda.

Carola entreabrió los labios.

—Yo también la necesito, muchacho.

—¿Queeeeeé?…

—Chup, chup.

—¿Qué diablos dices?

—He dicho «Chup, chup».

Y como el sargento no parecía entenderla muy bien —o quería no entenderla—. Carola le demostró prácticamente lo que había tratado de decir con aquellas dos palabras.

Le atizó un beso que lo dejó mudo.

Guran hubiese lanzado con gusto un aullido de terror, pero no pudo.

Hubiera preferido estar en los brazos de un comanche.

Carola lo soltó justo para que pudiera respirar un poco y luego lo volvió a atraer hacia sí mientras susurraba:

—Soy una pobre huérfana. No puedo estar sola. Nos casaremos apenas salgamos de aquí.

Y entonces el sargento Hiena se dio cuenta de que estaba listo.

De que no lograría escapar a su suerte si no era dentro de un ataúd.

De las tres mujeres de narices que había conocido al principio de aquella aventura, ya sólo quedaba la tercera. La muerte se había llevado a la primera. Y él había tenido la mala pata de quedarse con la segunda…

TERCERA PARTE

UNA MUJERES DE NARICES

Capítulo XV

REGALO: UN ATAÚD

Mientras tanto, Johnny Hart había recobrado el conocimiento. Durante unos cuantos segundos le había parecido soñar. Le había parecido que no era él quien estaba allí, rodeado de enemigos y dispuesto a jugarse la piel. Pero ahora la brutal realidad volvía de nuevo a él. Era como el despertar del sueño. Se encontró junto a una de las ventanas del *saloon,* con el revólver en la mano. Disparó rabiosamente.

Todo el interior estaba lleno de sombras que se movían de una manera fantasmagórica. Varios hombres corrieron hacia la puerta, tratando de salir por ella. La sensación que tenían era la de haber caído en una trampa.

Tres hombres llegaron a salir.

Pero Nora estaba atenta.

Se había apoderado del revólver de uno de los muertos, y tenía además el suyo propio. Disparó rabiosamente con las dos armas a la vez. Los tres hombres quedaron atravesados en el umbral, tras lanzar aullidos de dolor, y obligaron a tropezar al que venía detrás.

Éste intentó huir, gateando.

Pero no llegó lejos.

Johnny le voló la cabeza.

Los que aún quedaban en el interior del *saloon* parecían flotar en el espacio. No sabían adónde ir. Resultaron víctimas fáciles para el revólver de Johnny. Sólo uno de los apaches llegó a saltar por una de las ventanas posteriores. Johnny pudo haberlo matado como a los otros, pero lo dejó ir. Al fin y al cabo, ya nada iba a remediar

matándolo.

Sabía que los de su tribu se alejarían en cuanto hubiese muerto McDougal.

El nombre le hizo sentir un estremecimiento.

¡McDougal!

Tenía que estar cerca de allí. Siguiendo su táctica tenía que estar detrás de sus hombres, al otro lado de la calle, sin correr ninguna clase de peligro.

Johnny Hart atravesó la calle a la carrera. Ya nadie disparaba contra él. De pronto, aquella zona de Portales había dejado de ser un infierno para transformarse en algo tan quieto como un cementerio.

El joven dobló la esquina y vio entonces a un jinete que se aprestaba a subir a un caballo. Johnny tomó impulso y saltó. Logró apresar un pie de su enemigo antes de que éste trepara a la silla.

—¡McDougal!

El forajido lanzó un grito. Los dos rodaron por el suelo, mientras con sus manos trataban de apresarse el cuello.

Ninguno de ellos lo consiguió. McDougal logró disparar ambas piernas y enviar a su enemigo por los aires. Johnny dio una voltereta y cayó pesadamente a tierra. Cuando se incorporó, la sangre resbalaba por sus pómulos y le llegaba hasta la boca.

McDougal trató de llegar nuevamente a su caballo. Logró poner un pie en el estribo. Johnny saltó y lo apresó de nuevo, haciéndole rodar por el suelo otra vez.

Pero ahora no trató de sujetarle el cuello directamente. Tenía otros métodos más convincentes para ablandarle. Puesto que estaba encima de McDougal, le descargó por dos veces el puño derecho en el ojo del lado opuesto.

Aquel ojo desapareció materialmente. La hinchazón fue brutal, instantánea. McDougal dejó de ver por aquel lado. Hizo un gesto de desesperación mientras trataba de desenfundar su cuchillo.

El puño izquierdo fue ahora hacia su ojo derecho.

McDougal aulló como si le estuvieran arrancando la piel. Pero eso no hizo sino enfurecer aún más a Johnny Hart. Una prisa febril por acabar con aquel tipo se adueñó de él. Después de descargarle dos golpes más en la cara, hasta dejarle completamente ciego, cerró los dedos en torno a su cuello, como si fueran garfios de acero.

Apretó.

Nunca perdonaría a aquel miserable asesino de mujeres.

Nunca…

Sólo cuando el cuello del forajido dejó de oponer resistencia, sólo cuando fue en sus manos una cosa blanda y sin vida, dejó de apretar. Se puso en pie y miró con desprecio al muerto. Luego, dio media vuelta y se alejó de allí.

Dio un pequeño rodeo para volver al *saloon*, para ver si había más enemigos por aquella parte. No se detuvo, pues, donde estaba Carola, y tampoco donde estaba Nora Donovan.

Entró en el *saloon* por la parte posterior. Allí no había más que un amasijo de muertos. Ni el ala de una mosca vibraba en el aire. Botellas rotas, rostros crispados, sangre… Ése era el panorama en el que quería ser el único sitio divertido de la ciudad de Portales.

Johnny Hart examinó todos los rostros. Nadie necesitaba ayuda ya. Lo mejor que podía hacer con todos aquellos cadáveres era olvidarlos. Los propios habitantes de Portales los enterrarían.

¿Olvidarlos?

Eso podía ser fácil. Pero por lo visto había alguien que no quería que las cosas fueran tan sencillas para Johnny Hart. Alguien que le clavó el cañón del revólver entre las costillas mientras susurraba:

—¿Qué pasa, Johnny? ¿Tan olvidadizo eres? ¿Ya no te acordabas de tu hermanito Edgar?

Capítulo XVI

EL ÚLTIMO CIGARRO

Johnny alzó poco a poco los brazos, mientras una sonrisa amarga flotaba en sus labios.

Sabía lo que aquello significaba. Edgar había buscado cien pretextos para matarle sin riesgo, sin que lo pudieran acusar a él. Y ahora lo tenía.

Entre aquella montaña de cadáveres, ¿quién sabría de dónde había salido la bala que había acabado con Johnny?

¿Quién podría culparle a él, que al día siguiente aparecería ya a muchas millas de distancia?

El joven se dio cuenta de eso y de mucho más.

Por eso silabeó:

—No lo pienses más, Edgar. Dispara ya. No volverás a tener otra ocasión como ésta.

Edgar miró de soslayo hacia una de las ventanas. Estaban alejados de éstas, de modo que nadie les veía desde la calle. Y no era fácil que nadie entrase allí en el minuto escaso que él necesitaba para liquidar aquel asunto.

Murmuró:

—Antes ibas a darme una cosa, muchacho. Pero nos han interrumpido.

—Es cierto; iba a darte algo.

—¿Era lo que estoy pensando?

—Sí. Era el testamento de mamá. ¿Lo quieres?

—Naturalmente que sí.

Y Johnny fue a introducir los dedos en el bolsillo donde estaba

el papel. Pero la presión del cañón en las costillas se hizo tan penetrante que le cortó la respiración.

—Poco a poco, amigo.

—¿Qué pasa ahora?

—No quiero bromas. He de ver tus dedos mientras los introduces en el bolsillo. Vuélvete.

—Como quieras…

Johnny se volvió.

Tenía a Edgar a menos de un paso.

Apuntándole a la cabeza con el revólver.

Edgar le miraba burlonamente. En sus labios había una burla suprema, definitiva. Sin dejar de apuntarle, puso un cigarro en sus labios y le prendió fuego.

—Hala, dame el testamento.

—Toma.

La derecha de Johnny tendía el papel envuelto en el hule. No temblaba. Sabía que iba a morir, pero no temblaba. Sólo musitó:

—Al menos, mátame a la primera bala, Edgar. Que no tengas que repetir.

Edgar rió quedamente:

—Claro, muchacho…

Y lanzó elegantemente al suelo el fósforo con el que acababa de encender el cigarro.

Los ojos de Johnny siguieron mecánicamente la parábola de aquel fósforo. En el primer momento no recordó. En el primer momento no pensó en el infierno que tenían bajo sus pies. Pero de pronto una especie de rugido, una especie de súplica surgió de su garganta.

—¡Edgar! ¡Noooo!…

El fósforo había ido a caer justamente sobre un corto cabo de mecha, que ardía ya. A consecuencia de la pelea, había cabos sueltos por todas partes, pero aquél conectaba con la carga. Johnny comprendió que ya no tenía tiempo de gritar otra vez. Que estaba perdido. Y sus músculos obraron por instinto, sin que apenas su voluntad interviniera.

Saltó por la ventana que tenía más cerca. Dio dos volteretas sobre el polvo de la calle.

Y en aquel momento todo el *saloon* se fue al infierno.

Todo estalló como si fuera una inmensa bomba. Los muertos saltaron hechos pedazos. Hicieron su última, su trágica pirueta. Y con los muertos voló también un vivo. El único vivo. Un hombre que murió con un alarido de terror, el alarido de los que no comprenden…

Johnny se palpó las ropas al ponerse en pie. Aún no estaba seguro de que siguiera vivo. Aún le parecía vivir una pesadilla.

El papel que por dos veces no había podido entregar, estaba todavía entre sus dedos. Y ahora resbaló de ellos. Fue Nora la que lo recogió entre sus manos temblorosas.

—¿Qué es esto, Johnny?

—El testamento de mi madre.

—Toma. Guárdalo.

—No. Por favor, léelo. Quiero que sepas lo que Edgar no pudo saber. Quiero que sepas algo que él no imaginó nunca.

Ella desplegó el papel con manos todavía trémulas. Dirigió una mirada al breve y conciso documento.

Y éste casi resbaló de entre sus dedos mientras susurraba:

—¡Dios santo! ¡El heredero era él! ¡El! ¡Era Edgar!

—Sí —dijo Johnny con un soplo de voz—. Mi madre pensó que yo ya había tenido suficientes pruebas de su cariño, mientras que Edgar no había tenido ninguna. Lo nombró heredero a él para que llegase a amarla. Pero Edgar no lo sospechó nunca, nunca… No hubiera tenido necesidad de matar, no hubiera tenido necesidad de hacer nada. Y lo que menos habrá podido imaginar es que ahora el heredero soy yo…

Pero de pronto comprendió que Nora Donovan ya no le escuchaba.

Nora Donovan había caído en sus brazos mientras susurraba:

—Estás vivo, Johnny… Eso es lo único que importa. Estás vivo… y junto a mí…

El sargento Hiena, que aún seguía apresado por los brazos de Carola, gimoteó desde el otro lado de la calle:

—Hala… ¡Tú sí que te llevas una mujer de narices!

Johnny miró las poderosas curvas de la muchacha que tenía junto a él antes de susurrar:

De narices… y de unas cuantas cosas más…

FIN

Notas

[1] En la justicia norteamericana son normales —y en los años llamados «del Oeste» existían ya— los dos jurados, el grande y el pequeño El «pequeño jurado» consiste en una reunión de urgencia que se encarga de dictaminar simplemente si un hecho puede constituir delito y si una determinada persona puede ser acusada de él. Es decir, examina las primeras pruebas y decide si hay crimen o, por el contrario, todo fue un simple accidente. Si se declara que hubo crimen, el acusado pasa a disposición del juez y en su día se reúne el «gran jurado», ante el cual tiene lugar el juicio propiamente dicho, que tantas veces hemos visto todos en las películas. En ese juicio se determinan la culpabilidad, si la hubo, y la correspondiente pena (N. del A.). < <